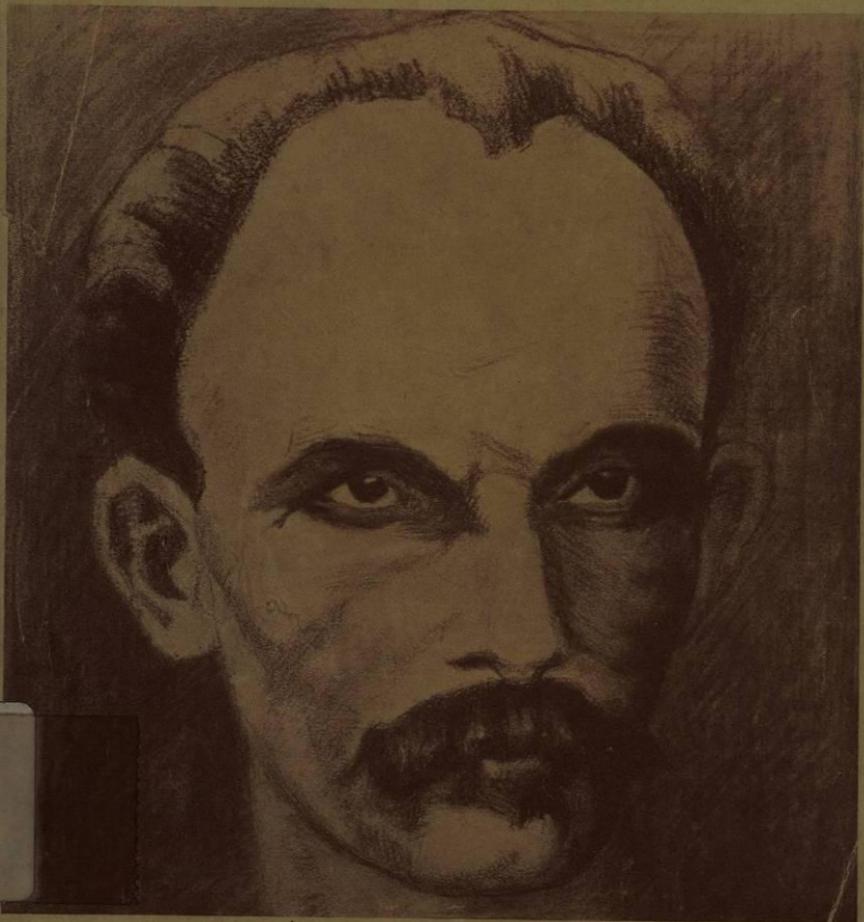


23220
Obras Completas
de JOSÉ MARTÍ

Tomo Primero



ÉDITORIAL EXCELSIOR

27, Quai de la Tournelle, 27
PARIS

MART
OBRAS
COM
PLETAS

TOMC
Iº

322 a

EDITORIAL

EXCELSIOR

27
Quai

PQ7389
.M2
1925

1925

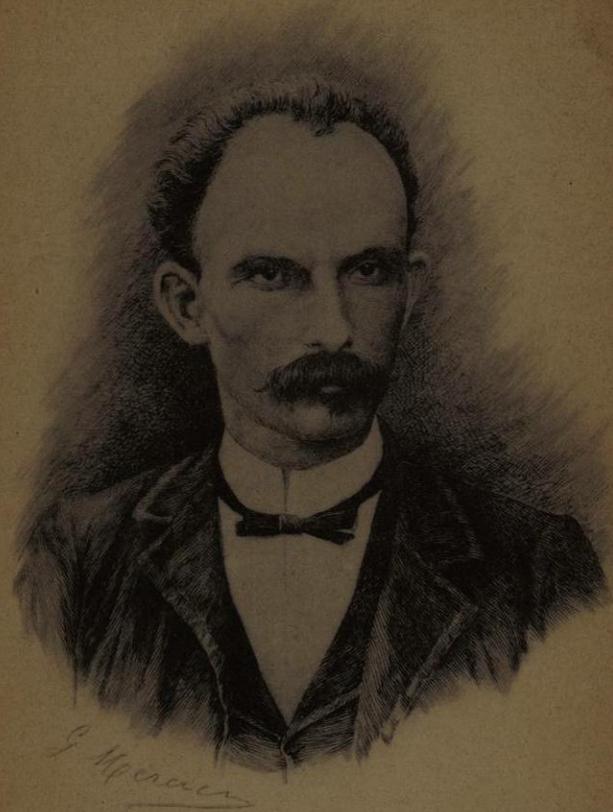
6699



1020100992

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. L.



Loe' Marti

Obras Completas
de JOSÉ MARTÍ

I

Obras Completas
de JOSÉ MARTÍ

Tomo I

VERSOS SENCILLOS ✓

VERSOS LIBRES ✓

ISMAELILLO ✓

OTROS VERSOS ✓



PARIS

EDITORIAL EXCELSIOR

42, BOULEVARD RASPAIL, 42

© 8322

PA 7389
m2
1925

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Como una reparación y un homenaje, acometemos hoy la empresa de publicar en París, para su mayor difusión en veinte pueblos de América y España, las Obras Completas de José Martí. Iremos edificando libro a libro este zócalo digno para la señera cabeza triste, con la constancia inquebrantable del amor filial y la prisa de quienes llevan a cabo un desagravio.

Encabezaremos cada volumen con altas palabras de los escritores jóvenes de América. Por hoy, hemos querido limitarnos a saludar en silencio la sublime estatura de aquel poeta entrañable que murió, ebrio de amor y de martirio, bajo el cielo sin tacha y la bendición de las palmeras.

ARMANDO GODOY. VENTURA GARCÍA CALDERÓN

P. D. Nos es gratísimo inscribir aquí el nombre del doctor Don Francisco Domínguez Roldán, ferviente discípulo de Martí, que, con celo y tesón admirables, nos ayuda a difundir la obra magistral.

VERSOS SENCILLOS

(1891)

A MANUEL MERCADO,
de México.

A ENRIQUE LESTRAZULAS,
del Uruguay.

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Wáshington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Nueva York, 1891.

VERSOS SENCILLOS

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quieto
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy :
Arte soy entre las artes ;
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas :
Y salir de los escombros,
Volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos :
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós..

Temblé una vez—en la reja,
A la entrada de la viña —,
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca : — cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro, — es
Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere :
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
 Con gran lujo y con gran llanto, —
 Y que no hay fruta en la tierra
 Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
 La pompa del rimador :
 Cuelgo de un árbol marchito
 Mi muceta de doctor.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
 Y de Persia y Xenophonte :
 Y prefiero la caricia
 Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas
 Del hombre y de sus rencillas :
 Y prefiero las abejas
 Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
 En las ramas vocingleras :
 Nadie me diga que miento,
 Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
 Que vuelve al redil, y expira, —
 Y de un corazón cansado
 Que muere oscuro y sin ira.

III

Odio la máscara y vicio
 Del corredor de mi hotel :
 Me vuelvo al manso bullicio
 De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
 Quiero yo mi suerte echar :
 El arroyo de la sierra
 Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
 Que arde y brilla en el crisol :
 A mí denme el bosque eterno
 Cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
 Barbullendo en la redoma :
 Prefiero estar en la sierra
 Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar ;
¡ En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar !

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar :
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules :
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

¡ Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo !
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol :
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el Sol.

¡ Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España,
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña !

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol ;
Y ella me dijo : « ¡ Qué afán !
¡ Si hoy me gusta ver el Sol ! »

« Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales :
Aquí debe estar el Cristo,
Porque están las catedrales. »

« Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión ;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón. »

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡ Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado :
Clavaré la quilla triste :
Posaré el remo callado !

V

Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves :
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
Que por el puño echa flor :
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido :
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada :
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.

VI

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡ Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro !

VII

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso :
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano :
Lo estimo, si es un cubano ;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas ;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver :
Mi amigo se sienta, y canta ;
Canta en voz que ha de doler.

« En un ave de dos alas
« Bogo por el cielo azul :
« Un ala del ave es negra
« Otra de oro Caribú.

« El corazón es un loco
« Que no sabe de un color :
« O es su amor de dos colores,
« O dice que no es amor.

« Hay una loca más fiera
« Que el corazón infeliz :
« La que le chupó la sangre
« Y se echó luego a reír.

« Corazón que lleva rota
« El ancla fiel del hogar,
« Va como barca perdida,
« Que no sabe adónde va. »

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir :
Le amanso el cráneo : lo acuesto :
Acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor :
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín : la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
Una almohadilla de olor :
El volvió, volvió casado :
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
 Obispos y embajadores :
 Detrás iba el pueblo en tandas,
 Todo cargado de flores.

.....Ella, por volverlo a ver,
 Salió a verlo al mirador :
 El volvió con su mujer :
 Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
 Al beso de despedida
 Era su frente—¡ la frente
 Que más he amado en mi vida !

.....Se entró de tarde en el río,
 La sacó muerta el doctor :
 Dicen que murió de frío :
 Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
 La pusieron en dos bancos :
 Besé su mano afilada,
 Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
 Me llamó el enterrador :
 ¡ Nunca más he vuelto a ver
 A la que murió de amor !

X

El alma trémula y sola
 Padece al anochecer :
 Hay baile ; vamos a ver
 La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
 El banderón de la acera ;
 Porque si está la bandera,
 No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina :
 Soberbia y pálida llega :
 ¿ Cómo dicen que es gallega ?
 Pues dicen mal : es divina.

Lleva un sombrero torero
 Y una capa carmesí :
 ¡ Lo mismo que un alefí
 Que se pusiese un sombrero !

Se ve, de paso, la ceja,
 Ceja de mora traidora :
 Y la mirada, de mora :
 Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente ;
Crúzase al hombro la manta :
En arco el brazo levanta :
Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.

Súbite, de un salto arranca :
Húrtase, se quiebra, gira :
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea ;
La boca abierta provoca ;
Es una rosa la boca :
Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos :
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro

Baila muy bien la española,
Es blanco y rojo el mantón :
¡ Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola !

XI

Yo tengo un paje muy fiel
Que me cuida y que me gruñe,
Y al salir, me limpia y bruñe
Mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
Que no come, que no duerme,
Y que se acurruca a verme
Trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
Y en mi bolsillo aparece ;
Vuelvo, y el terco me ofrece
Una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
Se sienta junto a mi cama :
Si escribo, sangre derrama
Mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea :
Hiela mi paje, y chispea :
Mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo
En el bote remador.

XIII

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía :
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso,
Y cruzó un ave volando :
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel ; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
Junto a la estufa apagada,
Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

XV

Vino el médico amarillo
A darme su medicina,
Con una mano cetrina
Y la otra mano al bolsillo :
¡ Yo tengo allá en un rincón
Un médico que no manca
Con una mano muy blanca
Y otra mano al corazón !

Viene, de blusa y casquete,
El grave del repostero,
A preguntarme si quiero
O Málaga o Pajarete :
¡ Díganle a la repostera
Que ha tanto tiempo no he visto,
Que me tenga un beso listo
Al entrar la primavera !

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el te.

XVII

Es rubia : el cabello suelto
 Da más luz al ojo moro :
 Voy, desde entonces, envuelto
 En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
 Más ágil por la flor nueva,
 No dice, como antes, « tumba » :
 « Eva » dice : todo es « Eva ».

Bajo, en lo oscuro, al temido
 Raudal de la catarata :
 ¡ Y brilla el iris, tendido
 Sobre las hojas de plata !

Miro, ceñudo, la agreste
 Pompa del monte irritado :
 ¡ Y en el alma azul celeste
 Brota un jacinto rosado !

Voy, por el bosque, a paseo
 A la laguna vecina :
 Y entre las ramas la veo,
 Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
 Silba, escupe, y se resbala
 Por su agujero : el clarín
 Me tiende, trinando, el ala.

¡ Arpa soy, salterio soy
 Donde vibra el Universo :
 Vengo del sol, y al sol voy :
 Soy el amor : soy el verso !

XVIII

El alfiler de Eva loca
 Es hecho del oro oscuro
 Que lo sacó un hombre puro
 Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
 Le trajo en el pico ayer
 Un relumbrante alfiler
 De pasta y de similor.

Eva se prendió al oscuro
 Talle el diamante embustero :
 Y echó en el alfilerero
 El alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos
Y lo mal puesto de un broche,
Pensé que estuviste anoche
Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa :
Te odié con odio de muerte :
Náusea me daba de verte
Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquela que vi
Sin saber cómo ni cuándo,
Sé que estuviste llorando
Toda la noche por mí.

XX

Mi amor del aire se azora ;
Eva es rubia, falsa es Eva :
Viene una nube, y se lleva
Mi amor, que gime y que llora.

Se lleva mi amor que llora
Esa nube que se va :
Eva me ha sido traidora :
¡Eva me consolará !

XXI

Ayer la vi en el salón
De los pintores, y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo : dormido
Al pie, el esposo rendido :
Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados :
Le cuelga el manto a los lados,
Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga :
Muy lejos, la casa amiga,
¡Muy triste y oscuro el cielo !...

¡ Esa es la hermosa mujer
 Que me robó el corazón
 En el soberbio salón
 De los pintores de ayer !

XXII

Estoy en el baile extraño
 De polaina y casaquín
 Que dan, del año hacia el fin,
 Los cazadores del año.

Una duquesa violeta
 Va con un frac colorado :
 Marca un vizconde pintado
 El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
 Pasan los tules de fuego,
 Como delante de un ciego
 Pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
 Por la puerta natural :
 En un carro de hojas verdes
 A morir me han de llevar.

¡ No me pongan en lo oscuro
 A morir como un traidor :
 Yo soy bueno, y como bueno
 Moriré de cara al Sol !

XXIV

Sé de un pintor atrevido
 Que sale a pintar contento
 Sobre la tela del viento
 Y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,
 El de divinos colores,
 Puesto a pintarle las flores
 A una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
Que mira el agua al pintar, —
El agua ronca del mar, —
Con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo, —
¡Que tiene el ojo tan negro !

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores, — ¡ y una bandera

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa :
El sable la calle arrasa
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español :
La calle, al salir el Sol,
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche :
Entran, llorando, a una muerta :
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón : y la mujer
Que llama, me ha dado el ser :
Me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
 Los valientes habaneros
 Se quitaron los sombreros
 Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
 Como dos locos, me dijo :
 « ¡Vamos pronto, vamos, hijo :
 La niña está sola : vamos ! »

XXVIII

Por la tumba del cortijo
 Donde está el padre enterrado,
 Pasa el hijo, de soldado
 Del invasor : pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
 Envuelto en su pabellón
 Alzase : y de un bofetón
 Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce : zumba
 El viento por el cortijo :
 El padre recoge al hijo,
 Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley,
 Lleva el papel del Estado :
 El niño fué fusilado
 Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
 Del rey : y en la fiesta santa
 ¡ La hermana del niño canta
 Ante la imagen del rey !

XXX

El rayo surca, sangriento,
 El lóbrego nubarrón :
 Echa el barco, ciento a ciento,
 Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
 Los almácigos copudos :
 Andaba la hilera, andaba,
 De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
 Los barracones henchidos :
 Una madre con su cría
 Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
 Salió el Sol al horizonte :
 Y alumbró a un esclavo muerto,
 Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vió : tembló
 De pasión por los que gimen :
 ¡ Y, al pie del muerto, juró
 Lavar con su sangre el crimen !

XXXI

Para modelo de un dios
 El pintor lo envió a pedir : —
 ¡ Para eso no ! ¡ Para ir,
 Patria, a servirte los dos !

Bien estará en la pintura
 El hijo que amo y bendigo : —
 ¡ Mejor en la ceja oscura,
 Cara a cara al enemigo !

Es rubio, es fuerte, es garzón
 De nobleza natural :
 ¡ Hijo, por la luz natal !
 ¡ Hijo, por el pabellón !

Vamos, pues, hijo viril :
 Vamos los dos : si yo muero,
 Me besas : si tú... ¡ prefiero
 Verte muerto a verte vil !

XXXII

En el negro callejón
 Donde en tinieblas paseo,
 Alzo los ojos, y veo
 La iglesia, erguida, a un rincón.

¿ Será misterio ? ¿ Será
 Revelación y poder ?
 ¿ Será, rodilla, el deber
 De postrarse ? ¿ Qué será ?

Tiembla la noche : en la parra
 Muerde el gusano el retoño ;
 Grazna, llamando al otoño,
 La hueca y hosca cigarra.

Graznan dos : atento al dúo
 Alzo los ojos, y veo
 Que la iglesia del paseo
 Tiene la forma de un buho.

XXXIII

De mi desdicha espantosa
 Siento, oh estrellas, que muero :
 Yo quiero vivir, yo quiero
 Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
 Le corona el rostro bello :
 Brilla su negro cabello
 Como un sable de Damasco.

¿ Aquélla ?... ¡ Pues pon la hiel
 Del mundo entero en un haz,
 Y tállala en cuerpo, y haz
 Un alma entera de hiel !

¿ Esta ?... Pues esta infeliz
 Lleva escarpines rosados,
 Y los labios colorados,
 Y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita :
 « ¡ Mujer, maldita mujer ! »
 ¡ No sé yo quién pueda ser
 Entre las dos la maldita !

XXXIV

¡ Penas ! ¿ Quién osa decir
 Que tengo yo penas ? Luego,
 Después del rayo, y del fuego,
 Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
 Entre las penas sin nombres :
 ¡ La esclavitud de los hombres
 Es la gran pena del mundo !

Hay montes, y hay que subir
 Los montes altos ; ¡ después
 Veremos, alma, quién es
 Quien te me ha puesto al morir !

XXXV

¿ Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón ?
¡ Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal !

¿ Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo ?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVI

¡ Ya sé : de carne se puede
Hacer una flor : se puede,
Con el poder del cariño,
Hacer un cielo, — y un niño !

De carne se hace también
El alacrán ; y también
El gusano de la rosa,
Y la lechuza espantosa.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás :
¡ Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más !

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿ Del tirano ? Del tirano
Di todo, ¡ di más ! : y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿ Del error ? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Oscuras : di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿ De mujer ? Pues puede ser
 Que mueras de su mordida ;
 ¡ Pero no empañes tu vida
 Diciendo mal de mujer !

XXXIX

Cultivo una rosa blanca,
 En julio como en enero,
 Para el amigo sincero
 Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
 El corazón con que vivo,
 Cardo ni oruga cultivo :
 Cultivo la rosa blanca.

XL

Pinta mi amigo el pintor
 Sus angelones dorados,
 En nubes arrodillados,
 Con soles alrededor.

Pínteme con us pinceles
 Los angelitos medrosos
 Que me trajeron, piadosos,
 Sus dos ramos de claveles.

XLI

Cuando me vino el honor
 De la tierra generosa,
 No pensé en Blanca ni en Rosa
 Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
 Que está en la tumba, callado :
 Pensé en mi padre, el soldado :
 Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
 Carta, en su noble cubierta,
 Pensé en la tumba desierta,
 No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

En el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla :
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia, y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijo la mar borrascosa :

« ¿ Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste ?
La majaste, me la diste :
Yo guardo la perla triste. »

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda :
Despacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello,
La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo :
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
 En su monte seco y pardo :
 Yo tengo más que el leopardo,
 Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
 La mushma en su cojinete
 De arce del Japón : yo digo :
 « No hay cojín como un amigo. »

Tiene el conde su abolengo :
 Tiene la aurora el mendigo :
 Tiene ala el ave : ¡ yo tengo
 Allá en México un amigo !

Tiene el señor presidente
 Un jardín con una fuente,
 Y un tesoro en oro y trigo :
 Tengo más, tengo un amigo.

XLV

Sueño con claustros de mármol
 Donde en silencio divino
 Los héroes, de pie, reposan :
 ¡ De noche, a la luz del alma,
 Hablo con ellos : de noche !
 Están en fila : paseo
 Entre las filas : las manos
 De piedra les beso : abren
 Los ojos de piedra : mueven
 Los labios de piedra : tiemblan
 Las barbas de piedra : empuñan
 La espada de piedra : lloran :
 ¡ Vibra la espada en la vaina !
 Mudo, les beso la mano.

¡ Hablo con ellos, de noche !
 Están en fila : paseo
 Entre las filas : lloroso
 Me abrazo a un mármol : « ¡ Oh, mármol,
 Dicen que beben tus hijos
 Su propia sangre en las copas
 Venenosas de sus dueños !
 ¡ Que hablan la lengua podrida
 De sus rufianes ! ¡ Que comen

Juntos el pan del oprobio,
 En la mesa ensangrentada !
 ¡ Que pierden en lengua inútil
 El último fuego ! ¡ Dicen,
 Oh mármol, mármol dormido,
 Que ya se ha muerto tu raza ! »

Echame en tierra de un bote
 El héroe que abrazo : me ase
 Del cuello : barre la tierra
 Con mi cabeza : levanta
 El brazo, ¡ el brazo le luce
 Lo mismo que un sol ! : resuena
 La piedra : buscan el cinto
 Las manos blancas : del soclo
 Saltan los hombres de mármol !

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
 Donde no se llegue a ver,
 Por soberbia, y por no ser
 Motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
 Porque cuando siento el pecho
 Ya muy cargado y deshecho,
 Parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
 En tu regazo amoroso,
 Todo mi amor doloroso,
 Todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
 Amar y hacer bien, consientes
 En enturbiar tus corrientes
 Con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
 La tierra, y sin odio, y puro,
 Te arrastras, pálido y duro,
 Mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
 Al cielo limpia y serena,
 Y tú me cargas mi pena
 Con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
 De echarme en ti te desvía
 De tu dichosa armonía
 Y natural mansedumbre ;

Porque mis penas arrojó
 Sobre tu seno, y lo azotan,
 Y tu corriente alborotan,
 Y acá lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
 Ora arremetes y ruges,
 Ora con el peso crujes
 De un dolor más que tú fuerte,

¿Habré, como me aconseja
 Un corazón mal nacido,
 De dejar en el olvido
 A aquel que nunca me deja ?

— Verso, nos hablan de un Dios
 A donde van los difuntos :
 ¡ Verso, o nos condenan juntos,
 O nos salvamos los dos !

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE
 « VERSOS SENCILLOS »
 AL DOCTOR ULPIANO DELLUNDE

No hay pena cual la de amar
 A un pueblo solo y cautivo,
 Que vive, clavado vivo,
 A lo lejos de la mar :
 ¡ Ni sé de alivio mayor
 Al corazón que se abrasa,
 Que el sol y el café en la casa
 De la amistad y el amor !

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE
 « VERSOS SENCILLOS »
 AL DOCTOR JUAN GUITERAS

Del portal, al sol abierto,
 Sale el bribón, de alma helada,
 Como una bestia azorada,
 Como un crimen descubierto.
 Esta fatídica gente
 Que vive de ansiar y odiar,
 ¡ Oh, no ; no puede mirar
 La mañana frente a frente !

Central Valley, 11 de mayo de 1894.

VERSOS LIBRES

(1882)

MIS VERSOS

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones, ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas — mis guerreros —. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos. — De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé no me avergüenzo de haber pecado.

« POLLICE VERSO »

(MEMORIA DE PRESIDIO)

¡ Sí, yo también, desnuda la cabeza
De tocado y cabellos, y al tobillo
Una cadena lurda, heme arrastrado
Entre un montón de sierpes, que revueltas
Sobre sus vicios negros, parecían
Esos gusanos de pesado vientre
Y ojos viscosos, que en hedionda cuba
De pardo lodo lentos se revuelcan !
Y yo pasé, sereno entre los viles,
Cual si en mis manos, como en ruego juntas,
Las anchas alas púdicas, abriese
Una paloma blanca. Y aun me aterro
De ver con el recuerdo lo que he visto
Una vez con mis ojos. ¡ Y espantado,
Póngome en pie, cual a emprender la fuga !
¡ Recuerdos hay que queman la memoria !
¡ Zarzal es la memoria ; mas la mía
Es un cesto de llamas ! A su lumbre
El porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
Cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
Asperas y fatales : ese almendro

Que con su rama oscura en flor sombrea
 Mi alta ventana, viene de semilla
 De almendro ; y ese rico globo de oro
 De dulce y perfumoso jugo lleno
 Que en blanca fuente una niñuela cara,
 Flor del destierro, cándida me brinda,
 Naranja es, y vino de naranjo.
 Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
 Dará árbol de lágrimas. La culpa
 Es madre del castigo. No es la vida
 Copa de mago que el capricho torna
 En hiel para los míseros, y en férvido
 Tokay para el feliz. La vida es grave,
 Y hasta el pomo ruín la daga hundida,
 Al flojo gladiador clava en la arena.

¡ Alza, oh pueblo, el escudo, porque es
 [grave

Cosa esta vida, y cada acción es culpa
 Que como aro servil se lleva luego
 Cerrado al cuello, o premio generoso
 Que del futuro mal pródigo libra.

¿ Veis los esclavos? ¡ Como cuerpos
 [muertos

Atados en racimo, a vuestra espalda
 Irán vida tras vida, y con las frentes
 Pálidas y angustiosas, la sombría
 Carga en vano halaréis, hasta que el viento

De vuestra pena bárbara apiadado,
 Los átomos postreros evapore !
 ¡ Oh, qué visión tremenda! ¡ Oh qué terrible
 Procesión de culpables ! ¡ Como en llano
 Negro los miro, torvos, anhelosos,
 Sin fruta el arbolar, secos los píos
 Bejucos, por comarca funeraria
 Donde ni el Sol da luz, ni el árbol sombra !
 ¡ Y bogan en silencio, como en magno
 Océano sin agua, y a la frente
 Porción del Universo, frase unida
 A frase colosal, sierva ligada
 A un carro de oro que a los ojos mismos
 De los que arrastra en rápida carrera
 Ocúltase en el áureo polvo, sierva
 Con escondidas riendas ponderosas
 A la incansable eternidad atada !

Circo la tierra es, como el romano ;
 Y junto a cada cuna una invisible
 Panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
 Cual daga cruel que hiera al que la blande,
 Los vicios, y cual límpidos escudos
 Las virtudes : la vida es la ancha arena,
 Y los hombres esclavos gladiadores.
 ¡ Mas el pueblo y el rey, callados miran
 De grada excelsa, en la desierta sombra.
 Pero miran ! Y a aquel que en la contienda
 Bajó el escudo, o lo dejó de lado,

O suplicó cobarde, o abrió el pecho
 Laxo y servil a la enconosa daga
 Del enemigo, las vestales rudas,
 Desde el sitial de la implacable piedra,
 Condenan a morir, *pollice verso* ;
 ¡ Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
 Y a la zaga, listado el cuerpo flaco
 De hondos azotes, el montón de siervos !

¿ Veis las carrozas, las ropillas blancas
 Risueñas y ligeras, el luciente
 Corcel de crin trenzada y riendas ricas,
 Y la albarda de plata suntüosa
 Prendida, y el menudo zapatillo
 Cárcel a un tiempo de los pies y el alma ?
 ¡ Pues ved que los extraños os desdeñan
 Como a raza ruín, menguada y floja !

A MI ALMA

LLEGADA LA HORA DEL TRABAJO

¡ Ea, jamelgo ! De los montes de oro
 Baja, y de andar en prados bien olientes
 Y de aventar con los ligeros cascós
 Mures y viboreznos, y al sol rubio
 Mecer gentil las brilladoras crines !
 ¡ Ea, jamelgo ! Del camino oscuro
 Que va do no se sabe, ésta es posada,
 Y de pagar se tiene al hostelero !
 Luego será la gorja, luego el llano,
 Luego el prado oloroso, el alto monte.
 Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda
 Cabe el duro ronzal la gruesa albarda.

AL BUEN PEDRO

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
Porque tras mis orejas el cabello
En crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
En rubios caldos y en fragantes pomas,
Entre mancebas del astuto Norte,
De tus esclavos el sudor sangriento
Torcido en oro descuidado bebes,
Pensativo, febril, pálido, grave,
Mi pan rebano en solitaria mesa
Pidiendo, ¡ oh triste !, al aire sordo modo
De libertar de su infortunio al siervo
Y de tu infamia a ti ! Y en estos lances,
Súeleme, Pedro, en la apretada bolsa
Faltar la monedilla que reclama
Con sus húmedas manos el barbero.

HIERRO

Ganado tengo el pan : hágase el verso,
Y en su comercio dulce se ejercite
La mano, que cual prófugo perdido
Entre oscuras malezas, o quien lleva
A rastra enorme peso, andaba ha poco
Sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿ consejo quieres ? Pues descuelga
De la pálida espalda ensangrentada
El arpa dívea, acalla los sollozos
Que a tu garganta como mar en furia
Se agolparán, y en la madera rica
Taja plumillas de escritorio y echa
Las cuerdas rotas al movable viento.

¡ Oh, alma ! oh alma buena ! mal oficio
Tienes ! : póstrate, calla, cede, lame
Manos de potentado, ensalza, excusa
Defectos, tenlos — que es mejor manera
De excusarlos —, y mansa y temerosa
Vicios celebra, encumbra vanidades.
Verás entonces, alma, cuál se trueca
En plato de oro rico tu desnudo
Plato de pobre ! Pero guarda ¡ oh alma !

Que usan los hombres hoy oro empañado !
 Ni de eso cures, que fabrican de oro
 Sus joyas el bribón y el barbilindo.
 Las armas no, — las armas son de hierro !

 Mi mal es rudo ; la ciudad lo encona ;
 Lo alivia el campo inmenso. ¡ Otro más vasto
 Lo aliviará mejor ! — Y las oscuras
 Tardes me atraen, cual si mi patria fuera
 La dilatada sombra.

 ¡ Oh verso amigo,
 Muero de soledad, de amor me muero !
 No de amor de mujer ; estos amores
 Envenenan y ofuscan. No es hermosa
 La fruta en la mujer, sino la estrella.
 La tierra ha de ser luz, y todo vivo
 Debe en torno de sí dar lumbre de astro.
 ¡ Oh, estas damas de muestra ! Oh, estas copas
 De carne ! Oh, estas siervas ante el dueño
 Que las enjoya y estremece echadas !
 ¡ Te digo, oh verso, que los dientes duelen
 De comer de esta carne !

 Es de inefable
 Amor del que yo muero, del muy dulce
 Menester de llevar, como se lleva
 Un niño tierno en las cuidadosas manos,
 Cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
 Sino de los dichosos, y a los tristes
 El duro humor y la fatiga aumenta,
 Salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
 Mi frente oprimo, y de los turbios ojos
 Brota raudal de lágrimas. ¡ Y miro
 El sol tan bello y mi desierta alcoba,
 Y mi virtud inútil, y las fuerzas
 Que cual tropel famélico de hirsutas
 Fieras saltan de mí buscando empleo ;
 Y el aire hueco palpo, y en el muro
 Frío y desnudo el cuerpo vacilante
 Apoyo, y en el cráneo estremecido
 En agonía flota el pensamiento,
 Cual leño de bajel despedazado
 Que el mar en furia a playa ardiente arroja !

 ¡ Sólo las flores del paterno prado
 Tienen olor ! ¡ Sólo las ceibas patrias
 Del sol amparan ! Como en vaga nube
 Por suelo extraño se anda ; las miradas
 Injurias nos parecen, ¡ y el Sol mismo,
 Más que en grato calor, enciende en ira !
 ¡ No de voces queridas puebla el eco
 Los aires de otras tierras : y no vuelan
 Del arbolar espeso entre las ramas
 Los pálidos espíritus amados !
 De carne viva y profanadas frutas
 Viven los hombres, ¡ ay !, mas el proscripto

De sus entrañas propias se alimenta !
 ¡ Tiranos : desterrad a los que alcanzan
 El honor de vuestro odio : ya son muertos !
 ¡ Valiera más ¡ oh bárbaros ! que al punto
 De arrebatarnos al hogar, hundiera
 En lo más hondo de su pecho honrado
 Vuestro esbirro más cruel su hoja más dura !
 Grato es morir ; horrible vivir muerto.
 Mas no, ¡ mas no ! La dicha es una prenda
 De compasión de la fortuna al triste
 Que no sabe domarla. A sus mejores
 Hijos desgracias da Naturaleza :
 ¡ Fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro !

New-York, 4 de agosto.

CANTO DE OTOÑO

¡ Bien ; ya lo sé ! La Muerte está sentada
 A mis umbrales : cautelosa viene,
 Porque sus llantos y su amor no apronten
 En mi defensa, cuando lejos viven
 Padres e hijo. Al retornar ceñudo
 ¡ De mi estéril labor, triste y oscura,
 Con que a mi casa del invierno abrigo,
 De pie sobre las hojas amarillas,
 En la mano fatal la flor del sueño,
 La negra toca en alas rematada,
 Avido el rostro, trémulo la miro
 Cada tarde aguardándome a mi puerta.
 ¡ En mi hijo pienso, y de la dama oscura
 Huyo sin fuerzas, devorado el pecho
 De un frenético amor ! ¡ Mujer más bella
 No hay que la Muerte ! ¡ Por un beso suyo
 Bosques espesos de laureles varios,
 Y las adelfas del amor, y el gozo
 De recordarme mis niñeces diera !
 ...Pienso en aquel a quien mi amor culpable
 Trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
 De mi amada los brazos ; mas ya gozo
 De la aurora perenne el bien seguro.
 ¡ Oh, vida, adiós ! Quien va a morir, va
 [muerto.

¡ Oh, duelos con la sombra ! ¡ Oh, pobla-
 [dores
 Ocultos del espacio ! ¡ Oh, formidables
 Gigantes que a los vivos azcrados
 Mueven, dirigen, postran, precipitan ! —
 ¡ Oh, cónclave de jueces, blandos sólo
 A la virtud, que en nube tenebrosa,
 En grueso manto de oro recogidos,
 Y duros como peña, aguardan torvos
 A que al volver de la batalla rindan
 — Como el frutal sus frutos —
 De sus obras de paz los hombres cuenta,
 De sus divinas alas !... de los nuevos
 Arboles que sembraron, de las tristes
 Lágrimas que enjugaron, de las fosas
 Que a los tigres y víboras abrieron,
 Y de las fortalezas eminentes
 Que al amor de los hombres levantaron !
 ¡ Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
 Apetecido, la arrogante mora
 Que a su brusco señor cautiva espera
 Llorando en la desierta barbacana !
 Este el santo Salem, éste el Sepulcro
 De los hombres modernos. ¡ No se vierta
 Más sangre que la propia ! ¡ No se bata
 Sino al que odie al amor ! ¡ Unjanse presto
 Soldados del amor los hombres todos !
 ¡ La tierra entera marcha a la conquista
 De este rey y señor, que guarda el cielo !

...Viles. ¡ El que es traidor a sus deberes,
 Muere como un traidor, del golpe propio
 De su arma ociosa el pecho atravesado !
 ¡ Ved que no acaba el drama de la vida
 En esta parte oscura ! ¡ Ved que luego,
 Tras la losa de mármol o la blanda
 Cortina de humo y césped, se reanuda
 El drama portentoso, y ved, oh viles,
 Que los buenos, los tristes, los burlados,
 Serán en la otra parte burladores !

Otros de lirio y sangre se alimenten.
 ¡ Yo no, yo no ! Los lóbregos espacios
 Rasgué desde mi infancia con los tristes
 Penetradores ojos : el misterio
 En una hora feliz de sueño acaso
 De los jueces así, y amé la vida
 Porque del doloroso mal me salva
 De volverla a vivir. Alegremente
 El peso eché del infortunio al hombro
 Porque el que en huelga y regocijo vive
 Y huye el dolor, y esquiva las sabrosas
 Penas de la virtud, irá confuso
 Del frío y torvo juez a la sentencia,
 Cual soldado cobarde que en herrumbre
 Dejó las nobles armas ; y los jueces
 No en su dosel le ampararán, no en brazos
 Lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
 A odiar, a amar y batallar de nuevo

En la fogosa sofocante arena !
 ¡ Oh! ¿ qué mortal que se asomó a la vida
 Vivir de nuevo quiere?...

Puede ansiosa
 La Muerte, pues, de pie en las hojas secas,
 Esperarme a mi umbral con cada turbia
 Tarde de Otoño, y silenciosa puede
 Irme tejiendo con helados copos
 Mi manto funeral.

No di al olvido
 Las armas del amor : no de otra púrpura
 Vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
 Listo estoy, madre Muerte : ¡al juez me lleva!

¡ Hijo!... ¿ Qué imagen miro? ¿ Qué llorosa
 Visión rompe la sombra, y blandamente
 Como con luz de estrella la ilumina ?
 ¡ Hijo!... ¿ Qué me demandan tus abiertos
 Brazos ? ¿ A qué descubres tu afligido
 Pecho ? Por qué me muestras tus desnudos
 Pies, aun no heridos, y las blancas manos
 Vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...
 ¡ Cesa ! ¡ Calla ! ¡ Reposa ! ¡ Vive ! ¡ El padre
 No ha de morir hasta que a la ardua lucha
 Rico de todas armas lance al hijo !
 ¡ Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas
 De los abrazos de la Muerte oscura
 Y de su manto funeral me libren !

New York, 1882.

EL PADRE SUIZO

Little Rock, Arkansas, 1 de septiembre

« El miércoles por la noche, cerca de París, condado de Logan, un suizo, llamado Edward Schwerzmann, llevó a sus tres hijos, de diez y ocho meses el uno, y cuatro y cinco años los otros, al borde de un pozo, y los echó en el pozo, y él se echó tras de ellos. Dicen que Schwerzmann obró en un momento de locura. »
 (Telegrama publicado en Nueva York.)

Dicen que un suizo, de cabello rubio
 Y ojos secos y cóncavos, mirando
 Con desolado amor a sus tres hijos,
 Besó sus pies, sus manos, sus delgadas,
 Secas, enfermas, amarillas manos ;
 Y súbito, tremendo, cual airado
 Tigre que al cazador sus hijos roba,
 Dió con los tres, y con sí mismo luego,
 En hondo pozo — ¡ y los robó a la vida !
 ¡ Dicen que el bosque iluminó radiante
 Una rojiza luz, y que a la boca
 Del pozo oscuro — sueltos los cabellos,
 Cual corona de llamas que al monarca
 Doloroso, al humano, sólo al borde
 Del antro funeral la sien descifne —,
 La mano ruda a un tronco seco asida,
 Contra el pecho huesoso, que sus uñas
 Mismas sajaron, los hijuelos mudos

Por sus brazo sujetos, como en noche
 De tempestad las aves en su nido,
 El alma a Dios, los ojos a la selva,
 Retaba el suizo al cielo, y en su torno
 Pareció que la tierra iluminaba
 Luz de héroe, y que el reino de la sombra
 La Muerte de un gigante estremecía !

¡ Padre sublime, espíritu supremo
 Que por salvar los delicados hombros
 De sus hijuelos, de la carga dura
 De la vida sin fe, sin patria, torva
 Vida sin fin seguro y cauce abierto,
 Sobre sus hombros colosales puso
 De su crimen feroz la carga horrenda !
 ¡ Los árboles temblaban, y en su pecho
 Huesoso, los seis ojos espantados
 De los pálidos niños, seis estrellas
 Para guiar al padre iluminadas,
 Por el reino del crimen, parecían !
 ¡ Ve, bravo ! ¡ Ve, gigante ! ¡ Ve, amoroso
 Loco ! y las venenosas zarzas pisa
 Que roen como tósigos las plantas
 Del criminal, en el dominio lóbrego
 Donde andan sin cesar los asesinos !
 ¡ Ve ! — ¡ que las seis estrellas luminosas
 Te seguirán, y te guiarán, y ayuda
 A tus hombros darán cuantos hubieren
 Bebido el vino amargo de la vida !

FLORES DEL CIELO

Leí estos dos versos de Ronsard :
 « *Je vous envoie un bouquet que ma main
 vient de trier de ces fleurs épanouies* »,
 y escribí esto :

¿ Flores ? ¡ No quiero flores ! ¡ Las del
 Quisiera yo segar ! [cielo

¡ Cruja, cual falda
 De monte roto esta languada veste
 Que me encinta y engrilla con sus miembros
 Como con sierpes, y en mi alma sacian
 Su hambre, y asoman a la cueva lóbrega
 Donde mora mi espíritu, su negra
 Cabeza, y boca roja y sonriente !
 Caiga, como un encanto, este tejido
 Enmarañado de raíces ! ¡ Surjan
 Donde mis brazos alas, y parezca
 Que, al ascender por la solemne atmósfera,
 De mis ojos, del mundo a que van llenos,
 Ríos de luz sobre los hombres rueden !

Y huelguen por los húmedos jardines
 Bardos tibios segando florecillas.

Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
 Envuelto en gigantesca vestidura
 De lumbre astral, en mi jardín, el cielo,
 Un ramo haré magnífico de estrellas.
 ¡ No temblará de asir la luz mi mano !

Y buscaré, donde las nubes duermen,
 Amada y en su seno la más viva
 Le prenderé, y esparciré las otras
 Por su áurea y vaporosa cabellera.

COPA CICLÓPEA

El Sol alumbra : ya en los aires miro
 La copa amarga : ya mis labios tiemblan.
 No de temor, que prostituye ; ¡ de ira !...
 ¡ El Universo, en las mañanas alza,
 Medio dormido aún de un dulce sueño
 En las manos la Tierra perezosa,
 Copa inmortal, en donde
 Hierven al Sol las fuerzas de la vida !
 ¡ Al niño triscador, al venturoso
 De alma tibia y mediocre, a la fragante
 Mujer que con los ojos desmayados
 Abrirse ve en el aire extrañas rosas,
 Iris la Tierra es, roto en colores,
 Raudal que juvenece y rueda limpio
 Por perfumado llano, y al retozo
 Y al desmayo después plácido brinda !
 ¡ Y para mí, porque a los hombres amo
 Y mi gusto y mi bien terco descuido,
 La Tierra melancólica aparece
 Sobre mi frente que la vida bate,
 De lúgubre color inmenso yugo !
 Y, con los labios apretados, muero.

POMONA

¡ Oh, ritmo de la carne, oh melodía,
Oh licor vigorante, oh filtro dulce
De la hechicera forma ! ¡ No hay milagro
En el cuento de Lázaro, si Cristo
Llevó a su tumba una mujer hermosa !

¿ Qué soy, quiénes, sino Memnom en donde
Toda la luz del Universo canta,
Y cauce humilde en el que van revueltas,
Las eternas corrientes de la vida ?
Iba, como arroyuelo que cansado
De regar plantas ásperas fenece,
Y, de amor por el noble Sol, transido,
A su fuego con gozo se evapora :
Iba, cual jarra que el licor ligero
En el fermento rompe,
Y en silenciosos hilos abandona :
Iba, cual gladiador que sin combate
Del incólume escudo ampara el rostro
Y el cuerpo rinde en la ignorada arena.
...¡ Y súbito, las fuerzas juveniles
De un nuevo mar, el pecho rebosante
Hinchan y embargan, el cansado brío
Arde otra vez, y puebla el aire sano
Música suave y blando olor de mieles !
Porque a mis ojos los fragantes brazos
En armónico gesto alzó Pomona.

MEDIA NOCHE

¡ Oh, qué vergüenza ! ¡ El Sol ha iluminado
La Tierra ; el amplio mar en sus entrañas
Nuevas columnas a sus naves rojas
Ha levantado ; el monte, granos nuevos
Juntó en el curso del solemne día
A sus jaspes y breñas ; en el vientre
De las aves y bestias nuevos hijos
Vida, que es forma, cobran ; en las ramas
Las frutas de los árboles maduran ;
Y yo, mozo de gleba, he puesto sólo,
Mientras que el mundo gigantesco crece,
Mi jornal en las ollas de la casa !

¡ Por Dios, que soy un vil ! ¡ No en vano el
[sueño

A mis pálidos ojos es negado !
¡ No en vano por las calles titubeo
Ebrio de un vino amargo, cual quien busca
Fosa ignorada donde hundirse, y nadie
Su crimen grande y su ignominia sepa !
¡ No en vano el corazón me tiembla ansioso,
Como el pecho sin calma de un malvado !
¡ El cielo, el cielo, con sus ojos de oro

Me mira, y ve mi cobardía, y lanza
 Mi cuerpo fugitivo por la sombra
 Como quien loco y desolado huye
 De un vigilante que en sí mismo lleva !
 ¡ La Tierra es soledad ! ¡ La luz se enfría !
 ¿ Adónde iré que este volcán se apague ?
 ¿ Adónde iré que el vigilante duerma ?

¡ Oh, sed de amor ! ¡ Oh, corazón prendado
 De cuanto vivo el Universo habita :
 Del gusanillo verde en que se trueca
 La hoja del árbol ; del rizado jaspe
 En que las ondas de la mar se cuajan ;
 De los árboles presos, que a los ojos
 Me sacan siempre lágrimas ; del lindo
 Bribón gentil que con los pies desnudos
 En fango y nieve, diario o flor pregona !

¡ Oh, corazón, que en el carnal vestido
 No hierros de hacer oro, ni belfudos
 Labios glotones y sensuosos mira,
 Sino corazas de batalla, y hornos
 Donde la vida universal fermenta !

¡ Y yo, pobre de mí, preso en mi jaula,
 La gran batalla de los hombres miro !

HOMAGNO

Homagno sin ventura
 La hirsuta y retostada cabellera
 Con sus pálidas manos se mesaba.
 « Máscara soy, mentira soy, decía ;
 Estas carnes y formas, estas barbas
 Y rostro, estas memorias de la bestia,
 Que como silla a lomo de caballo
 Sobre el alma oprimida echan y ajustan,
 Por el rayo de luz que el alma mía
 En la sombra entrevé, — ¡ no son Homagno !

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
 Que me revelan mi disfraz, son míos.
 Queman, me queman, nunca duermen, oran,
 Y en mi rostro los siento y en el cielo,
 Y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
 ¿ Por qué, por qué, para cargar en ellos
 Un grano ruin de alpiste mal trojado
 Talló el Creador mis colosales hombros ?
 Ando, pregunto, ruinas y cimientos
 Vuelco y sacudo ; a sorbos delirantes
 En la Creación, la madre de mil pechos,
 Las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
 Cabeza con las secas manos mías
 Acaricio y destrenzo ; por la tierra
 Me tiendo compungido, y los confusos
 Pies con mi llanto baño y con mis besos,
 Y en medio de la noche, palpitante,
 Con mis voraces ojos en el cráneo
 Y en sus órbitas anchas encendidos,
 Trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
 Por si al próximo sol respuestas vienen.
 Y a cada nueva luz, de igual enjuto
 Modo y rüin, la vida me aparece,
 Como gota de leche que en cansado
 Pezón, al terco ordeño, titubea,
 Como carga de hormiga, como taza
 De agua añeja en la jaula de un jilguero. »
 ¡ De mordidas y rotas, ramos de uvas
 Estrujadas y negras, las ardientes
 Manos del triste Homagno parecían !

Y la tierra en silencio, y una hermosa
 Voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

Cuando nació, sin sol, mi madre dijo :
 « Flor de mi seno, Homagno generoso,
 De mí y de la Creación suma y reflejo,
 Pez, que en ave y corcel y hombre se torna,
 Mira estas dos, que con dolor te brindo,
 Insignias de la vida : ve y escoge.
 Este, es un yugo : quien lo acepta, goza.
 Hace de manso buey, y como presta
 Servicio a los señores, duerme en paja
 Caliente, y tiene rica y ancha avena.
 Esta, oh misterio que de mí naciste
 Cual la cumbre nació de la montaña,
 Esta, que alumbra y mata, es una estrella.
 Como que riega luz, los pecadores
 Huyen de quien la lleva, y en la vida,
 Cual un monstruo de crímenes cargado,
 Todo el que lleva luz se queda solo.
 Pero el hombre que al buey sin pena imita,
 Buey torna a ser, y en apagado bruto
 La escala universal de nuevo empieza.
 ¡ El que la estrella sin temor se ciñe,
 Como que crea, crece ! ¡ Cuando al mundo
 De su copa el licor vació ya el vivo,

Cuando, para manjar de la sangrienta
 Fiesta humana, sacó contento y grave
 Su propio corazón, cuando a los vientos
 De Norte y Sur virtió su voz sagrada,
 La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
 Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
 Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
 Se oye que un paso más sube en la sombra ! »

— Dame el yugo, oh mi madre, de manera
 Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
 Mejor la estrella que ilumina y mata.

ISLA FAMOSA

Aquí estoy, solo estoy, despedazado.
 Ruge el cielo ; las nubes se aglomeran,
 Y aprietan, y ennegrecen, y desgajan.
 Los vapores del mar la roca ciñen.
 Sacra angustia y horror mis ojos comen.
 ¿ A qué, Naturaleza embravecida,
 A qué la estéril soledad en torno
 De quien de ansia de amor rebosa y muere ?
 ¿ Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones ?
 ¿ Dónde, oh sombra enemiga, dónde el ara
 Digna por fin de recibir mi frente ?
 ¿ En pro de quién derramaré mi vida ?

Rasgóse el velo ; por un tajo ameno
 De claro azul, como en sus lienzos abre
 Entre mazos de sombra Díaz famoso,
 El hombre triste de la roca mira
 En lindo campo tropical, galanes
 Blancos, y Venus negras, de unas flores
 Fétidas y fangosas coronados.
 ¡ Danzando van ; a cada giro nuevo
 Bajo los muelles pies la tierra cede !
 Y cuando en ancho beso los gastados
 Labios sin lustre ya, trémulos juntan,
 Sáltanles de los labios agoreras
 Aves tintas en hiel, aves de muerte.

AGUILA BLANCA

De pie, cada mañana,
Junto a mi áspero lecho está el verdugo.
Brilla el Sol, nace el mundo, el aire ahuyenta
Del cráneo la malicia,
Y mi águila infeliz, mi águila blanca,
Que cada noche en mi alma se renueva,
Al alba universal las alas tiende
Y, camino del Sol, emprende el vuelo.

..... (1)

.....
Y en vez del claro vuelo al Sol altivo
Por entre pies ensangrentada y rota,
De un grano en busca el águila rastrea.

¡ Oh noche, sol del triste, amable seno
Donde su fuerza el corazón revive,
Perdura, apaga el Sol, toma la forma
De mujer libre y pura, a que yo pueda
Ungir tus pies, y con mis besos locos
Ceñir tu frente y calentar tus manos !
Librame, eterna noche, del verdugo,
O dale a que me dé con la primera
Alba una limpia y redentora espada.
¿ Que con qué la has de hacer ? ¡ Con luz de
[estrellas !

(1) Se ha optado por poner puntos suspensivos donde el poeta había dejado claros, ya de versos, ya de algunas palabras, con la intención evidente de llenarlos después. (Nota de la edición Quezada.)

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz ; en alta aguja,
Cual nave despeñada en sirte horrenda,
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡ Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado !
Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores ! ¡ Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas !

¡ Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas ; muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo ;
El goce de temer ; aquel salirse
Del pecho el corazón ; el inefable
Placer de merecer ; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto ;

Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
 Irse tiñendo de color las rosas,
 Ea, que son patrañas ! Pues ¿ quién tiene
 Tiempo de ser hidalgo ? ¡ Bien que sienta,
 Cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
 Dama gentil en casa de magnate !
 ¡ O si se tiene sed, se alarga el brazo
 Y a la copa que pasa se la apura !
 ¡ Luego, la copa turbia al polvo rueda,
 Y el hábil catador — manchado el pecho
 De una sangre invisible — sigue alegre,
 Coronado de mirtos, su camino !
 ¡ No son los cuerpos ya sino desechos,
 Y fosas, y jirones ! ¡ Y las almas
 No son como en el árbol fruta rica
 En cuya blanda piel la almíbar dulce
 En su sazón de madurez rebosa,
 Sino fruta de plaza que a brutales
 Golpes el rudo labrador madura !

¡ La edad es ésta de los labios secos !
 ¡ De las noches sin sueño ! ¡ De la vida
 Estrujada en agraz ! ¿. Qué es lo que falta
 Que la ventura falta ? Como liebre
 Azorada, el espíritu se esconde,
 Trémulo huyendo al cazador que ríe,
 Cual en soto selvoso, en nuestro pecho ;
 Y el deseo, de brazo de la fiebre,
 Cual rico cazador recorre el soto.

¡ Me espanta la ciudad ! ¡ Toda está llena
 De copas por vaciar, o huecas copas !
 ¡ Tengo miedo ¡ ay de mí ! de que este vino
 Tósigo sea, y en mis venas luego
 Cual duende vengador los dientes clave !
 ¡ Tengo sed ; mas de un vino que en la tierra
 No se sabe beber ! ¡ No he padecido
 Bastante aún, para romper el muro
 Que me aparta ¡ oh dolor ! de mi viñedo !
 ¡ Tomad vosotros, catadores ruines
 De vinillos humanos, esos vasos
 Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
 Sin compasión y sin temor se bebe !
 ¡ Tomad ! ¡ Yo soy honrado, y tengo miedo !

New-York, abril de 1882.

ESTROFA NUEVA

..... Cuando, ¡ oh Poesía,
Cuando en tu seno reposar me es dado !
Ancha es y hermosa y fúlgida la vida.
¡ Que éste o aquél o yo vivamos tristes,
Culpa de éste o aquél será, o mi culpa !
Nace el corcel, del ala más lejano
Que el hombre, en quien el ala encumbradora
Ya en los ingentes brazos se diseña.
¡ Sin más brida que el viento el corcel nace
Espoleador y flameador ; al hombre
La vida echa sus riendas en la cuna !
Si las tuerce o revuelve y si tropieza
Y da en atolladero, a sí se culpe
Y del incendio o del zarzal redima
La destrozada brida : sin que al noble
Sol y vida desafíe.

De nuestro bien o mal autores somos,
Y cada cual autor de sí ; la queja
A la torpeza y la deshonra añade
De nuestro error. Cantemos, sí, cantemos,
Aunque las hidras nuestro pecho roan,
El Universo colosal y hermoso.

Un obrero tiznado ; una enfermiza
Mujer, de faz enjuta y dedos gruesos ;
Otra que al dar al sol los entumidos
Miembros en el taller, como una egipcia
Voluptuosa y feliz, la saya burda
En las manos recoge y canta, y danza ;
Un niño que sin miedo a la ventisca,
Como el soldado con el arma al hombro,
Va con sus libros a la escuela ; el denso
Rebaño de hombres que en silencio triste
Sale a la aurora y con la noche vuelve,
Del pan del día en la difícil busca,
Cual la luz a Memnom, mueven mi lira.
Los niños, versos vivos, los heroicos
Y pálidos ancianos, los oscuros
Hornos donde en bridón o tritón truecan
Los hombres victoriosos las montañas,
Astianax son y Andrómaca mejores,
Mejores, sí, que las del viejo Homero.

Naturaleza, siempre viva ; el mundo
De minotauro yendo a mariposa,
Que de rondar el Sol enferma y muere ;
La sed de luz, que como el mar salado
La de los labios, con el agua amarga
De la vida se irrita ; la columna
Compacta de asaltantes que sin miedo
Al Dios de ayer sobre los flacos hombros
La mano libre y desferrada ponen,

Y los ligeros pies en el vacío,
 Poesía son y estrofa alada, y grito
 Que ni en tercetos ni en octava estrecha
 Ni en remilgados serventicios caben.

¡ Vaciad un monte ; en tajo de sol vivo
 Tallad un plectro ; o de la mar brillante
 El seno rojo y nacarado, el molde
 De la triunfante estrofa nueva sea !

¡ Como nobles de Nápoles, fantasmas
 Sin carnes ya y sin sangre, que en polvosos
 Palacios muertos con añejas chupas
 De comido blasón, a paso sordo
 Andan y al mundo que camina enseñan
 Como un grito sin voz, la seca encía,
 Así, sobre los árboles cansados,
 Y los ciriales rotos, y los huecos
 De oxidadas diademas, duendecillos
 Con chupa vieja y metro viejo asoman !
 ¡ No en tronco seco y muerto hacen sus nidos,
 Alegres recaderos de mañana,
 Las lindas aves cuerdas y gentiles !
 Ramaje quieren suelto y denso, y tronco
 Alto y robusto, en fibra rico y savia.
 ¡ Mas con el Sol se alza el deber ; se pone
 Mucho después que el Sol ; de la hornería
 Y su batalla y su fragor cansada
 La mente plena en el rendido cuerpo,

Atormentada duerme, como el verso
 Vivo en los aires, por la lira rota
 Sin dar sonidos desalado pasa !
 Perdona, pues, oh estrofa nueva, el tosco
 Alarde de mi amor. Cuando, oh poesía,
 Cuando en tu seno reposar me es dado.

MUJERES

I

Esta es rubia ; ésa, oscura ; aquélla, extraña
Mujer de ojos de mar y cejas negras ;
Y una cual palma egipcia, alta y solemne,
Y otra como un canario gorjeadora.
Pasan y muerden ; los cabellos luengos
Echan, como una red ; como un juguete
La lánguida beldad ponen al labio
Casto y febril del amador que a un templo
Con menos devoción que al cuerpo llega
De la mujer amada ; ella, sin velos
Yace, y a su merced ; él, casto y mudo,
En la inflamada sombra alza dichoso
Como un manto imperial de luz de aurora.
Cual un pájaro loco en tanto ausente
En frágil rama y en menudas flores,
De la mujer el alma travesea.
Noble furor enciende al sacerdote,
Y a la insensata, contra el ara augusta
Como una copa de cristal rompiera.
Pájaros, sólo pájaros : el alma
Su ardiente amor reserva al universo.

II

Vino hirviente es amor : del vaso afuera,
Echa, brillando al sol, la alegre espuma,
Y en sus claras burbujas, desmayados
Cuerpos, rizosos niños, cenadores
Fragantes y amistosas alamedas
Y juguetones ciervos se retratan.
De joyas, de esmeraldas, de rubíes,
De ónices y turquesas y del duro
Diamante, al fuego eterno derretidos,
Se hace el vino satánico. Mañana
El vaso sin ventura que lo tuvo,
Cual comido de hienas, y espantosa
Lava mordente, se verá quemado.

III

Bien duerma, bien despierte, bien recline,
— Aunque no lo reclino — bien de hinojos,
Ante un niño que juega el cuerpo doble,
Que no se dobla a viles ni a tiranos,
Siento que siempre estoy en pie. Si suelo,
Cual del niño en los rizos suele el aire

Benigno, en los piadosos labios tristes
 Dejar que vuele una sonrisa, es cierto
 Que así, sépalo el mozo, así sonríen
 Cuantos nobles y crédulos buscaron
 El sol eterno en la belleza humana.
 Sólo hay un vaso que la sed apague
 De hermosura y amor : Naturaleza
 Abrazos deleitosos, híbleos besos
 A sus amantes pródiga regala.

IV

Para que el hombre los tallara, puso
 El monte y el volcán Naturaleza ;
 El mar, para que el hombre ver pudiese
 Que era menor que su cerebro ; en horno
 Igual, sol, aire y hombres elabora.
 Porque los dome, el pecho al hombre inunda
 Con pardos brutos y con torvas fieras.
 ¡ Y el hombre no alza el monte ; no en el libre
 Aire ni el sol magnífico se trueca,
 Y en sus manos sin honra, a las sensuales
 Bestias del pecho el corazón ofrece.
 A los pies de la esclava vencedora
 El hombre yace deshonrado, muerto.

ASTRO PURO

De un muerto, que al calor de un astro puro,
 De paso por la tierra, como un manto
 De oro sintió sobre sus huesos tibios
 El polvo de la tumba ; al sol radiante
 Resucitó gozoso, vivió un día,
 Y se volvió a morir, son estos versos :

Alma piadosa que a mi tumba llamas
 Y cual la blanca luz de astros de enero,
 Por el palacio de mi pecho en ruinas
 Entras, irradias, y los restos fríos
 De los que en él voraces habitaron
 Truecas, ¡ oh maga !, en cándidas palomas ;
 Espíritu, pureza, luz, ternura,
 Ave sin pies que el ruido humano espanta,
 Señora de la negra cabellera,
 El verso muerto a tu presencia surge
 Como a las dulces horas del rocío
 En el oscuro mar el Sol dorado,
 Y álzase por el aire cuanto existe
 Cual su manto, en el vuelo recogiendo,
 Y a ti llega, y se postra y por la tierra
 En colosales pliegues

Con majestad de púrpura romana.
 Besé tus pies, te vi pasar, señora.
 ¡ Perfume y luz tiene por fin la tierra !
 El verso aquel que a dentelladas duras
 La vida diaria y ruin me remordía
 Y en ásperos retazos, de mis secos
 Y codiciosos labios se exhalaba,
 Ora triunfante y melodioso bulle.
 Y como ola del mar al sol sereno,
 Bajo el espacio azul rueda en espuma :
 ¡ Oh mago, oh mago amor !

Ya compañía

Tengo para afrontar la vida eterna.
 Para la hora de la luz, la hora
 De reposo y de flor, ya tengo cita.

Esto diciendo, los abiertos brazos
 Tendió el cantor como a abrazar. El vivo
 Amor que su viril estrofa mueve
 Sólo duró lo que su estrofa dura.
 Alma infeliz el alma ardiente aquella
 En que el ascua más leve alza un incendio
 y el sueño
 Que vió esplendor, y quiso asir, hundióse
 Como un águila muerta. El ígneo, el
 Calló, brilló, volvió solo a su tumba.

CRIN HIRSUTA

¿ Que como crin hirsuta de espantado
 Caballo que en los troncos secos mira
 Garras y dientes de tremendo lobo,
 Mi destrozado verso se levanta....?
 Sí, pero ¡ se levanta ! A la manera,
 Como cuando el puñal se hunde en el cuello
 De la res, sube al cielo hilo de sangre.
 Sólo el amor engendra melodías.

A LOS ESPACIOS...

A los espacios entregarme quiero,
Donde se vive en paz y con un manto
De luz, en gozo embriagador henchido,
Sobre las nubes blancas se pasea,
Y donde Dante y las estrellas viven.
Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
En ciertas horas puras, cómo rompe
Su cáliz una flor, y no es diverso
Del modo, no, con que lo quiebra el alma.
Escuchad y os diré : — viene de pronto
Como una aurora inesperada, y como
A la primera luz de primavera
De flor se cubren las amables lilas.....
¡ Triste de mí !, contároslo quería,
Y en espera del verso, las grandiosas
Imágenes en fila ante mis ojos
Como águilas alegres vi sentadas.
Pero las voces de los hombres echan
De junto a mí las nobles aves de oro.
Ya se van, ya se van. Ved cómo rueda
La sangre de mi herida.
Si me pedís un símbolo del mundo
En estos tiempos, vedlo : un ala rota.
Se labra mucho el oro. ¡ El alma apenas !
Ved cómo sufro. Vive el alma mía
Cual cierva en una cueva acorralada.
¡ Oh, no está bien, me vengaré llorando !

PÓRTICO

Frente a casas ruines, en los mismos
Sacros lugares donde Franklin bueno
Citó al rayo y lo ató, por entre truncos
Muros, cerros de piedra, boqueantes
Fosos, y los cimientos asomados
Como dientes que nacen a una encía,
Un pórtico gigante se elevaba.
Rondaba cerca de él la muchedumbre
.....que siempre en torno
De las fábricas nuevas se congrega.
Cuál, que ésta es siempre distinción de necios,
Absorto ante el tamaño; piedra el otro
Que no penetra el Sol, y cuál en ira
De que fuera mayor que su estatura.
Entre el tosco andamiaje, y las nacientes
Paredes, aquel pórtico,
En un cráneo sin tope parecía
Un labio enorme, lívido e hinchado.
Ruedas y hombres el aire sometieron;
Trepaban en la sombra; más arriba
Fueron que las iglesias; de las nubes
La fábrica magnífica colgaron.
Y en medio entonces de los altos muros
Se vió el pórtico en toda su hermosura.

MANTILLA ANDALUZA

¿ Por qué no acaba todo, ora que puedes
Amortajar mi cuerpo venturoso
Con tu mantilla, pálida andaluza ?
¡ No me avergüenzo, no, de que me encuen-
[tren

Clavado el corazón con tu peineta !

¡ Te vas ! Como invisible escolta, surgen
Sobre sus tallos frescos, a seguirte,
Mis jazmines sin mancha y mis claveles.
¡ Te vas ! ¡ Todos se van ! Y tú me miras,
Oh perla pura en flor, como quien echa
En honda copa joya resonante,
Y a tus manos tendidas me abalanzo
Como a un cesto de frutas un sediento.

De la tierra mi espíritu levantas
Como el ave amorosa a su polluelo.

POETA ⁽¹⁾

Como nacen las palmas en la arena
Y la rosa en la orilla al mar salobre,
Así de mi dolor mis versos surgen
Convulsos, encendidos, perfumados.
Tal en los mares sobre el agua verde,
La vela hendida, el mástil trunco, abierto
A las ávidas olas el costado,
Después de la batalla fragorosa
Con los vientos, el buque sigue andando.

¡ Horror, horror ! ¡ En tierra y mar no había
Mas que crujidos, furia, niebla y lágrimas !
¡ Los montes, desgajados sobre el llano
Rodaban ; las llanuras, mares turbios,
En desbordados ríos convertidas,
Vaciaban en los mares ; un gran pueblo
Del mar cabido hubiera en cada arruga ;
Estaban en el cielo las estrellas
Apagadas ; los vientos en jirones
Revueltos en la sombra, huían, se abrían,
Al chocar entre sí, y se despeñaban ;

(1) Sin título en el original, y más que de otros, dudamos si será éste el que le corresponde. Lo mismo decimos de la que hemos titulado « Noche de Mayo ». (Nota de la edición de Gonzalo de Quesada.)

En los montes del aire resonaban
Rodando con estrépito ; en las nubes
Los astros locos se arrojaban llamas !

Rió luego el Sol ; en tierra y mar lucía
Una tranquila claridad de boda.
¡ Fecunda y purifica la tormenta !
Del aire azul colgaban ya, prendidos
Cual gigantescos tules, los rasgados
Mantos de los crespudos vientos, rotos
En el fragor sublime. ¡ Siempre quedan
Por un buen tiempo luego de la cura
Los bordes de la herida sonrosados !
Y el barco, como un niño, con las olas
Jugaba, se mecía, travesaba.

COPA CON ALAS

Una copa con alas ¿ quién la ha visto
Antes que yo ? ¡ Yo ayer la vi ! Subía
Con lenta majestad, como quien vierte
Oleo sagrado ; y a sus dulces bordes
Mis regalados labios apretaba.
Ni una gota siquiera, ni una gota
Del bálsamo perdí que hubo en tu beso !

Tu cabeza de negra cabellera,
¿ Te acuerdas ?, con mi mano requería,
Porque de mí tus labios generosos
No se apartaran. ¡ Blanda, como el beso
Que a ti me trasfundía, era la suave
Atmósfera en redor ; la vida entera
Sentí que a mí, abrazándote, abrazaba !
¡ Perdí el mundo de vista, y sus ruidos
Y su envidiosa y bárbara batalla !
¡ Una copa en los aires ascendía
Y yo, en brazos no vistos reclinado
Tras ella, asido de sus dulces bordes,
Por el espacio azul me remontaba !

¡ Oh amor, oh inmenso, oh acabado artista !
En rueda o riel funde el herrero el hierro ;
Una flor o mujer o águila o ángel
En oro o plata el joyador cincela ;
¡ Tú sólo, sólo tú, sabes el modo
De reducir el Universo a un beso !

ÁRBOL DE MI ALMA

Como un ave que cruza el aire claro,
Siento hacia mí venir tu pensamiento
Y acá en mi corazón hacer su nido.
Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas,
Como los labios frescos de un mancebo
En su primer abrazo a una hermosura;
Cuchichean las hojas; tal parecen
Lenguaraces obreras y envidiosas,
A la doncella de la casa rica
En preparar el tálamo ocupadas.
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.
¡ Todo lo triste cabe en él, y todo
Cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
De hojas secas, y polvo, y derruidas
Ramas lo limpio; bruño con cuidado
Cada hoja, y los tallos; de las flores
Los gusanos y el pétalo comido
Separo; oreo el césped en contorno
Y a recibirte, ¡ oh pájaro sin mancha,
Apresto el corazón enajenado!

NOCHE DE MAYO

Con un astro la tierra se ilumina;
Con el perfume de una flor se llenan
Los ámbitos inmensos. Como vaga,
Misteriosa envoltura, una luz tenue
Naturaleza encubre, y una imagen
Misma del linde en que se acaba brota
Entre el humano batallar. ¡ Silencio!
¡ En el color, oscuridad! ¡ Enciende
El Sol al pueblo bullicioso y brilla
La blanca luz de luna! ¡ Y en los ojos
La imagen va, porque si fuera buscan
Del vaso herido la admirable esencia,
En haz de aromas a los ojos surge;
Y si al peso del párpado obedecen,
Como flor que al plegar las alas pliega
Consigo su perfume, en el solemne
Templo interior como lamento triste
La pálida figura se levanta!
¡ Divino oficio! El Universo entero,
Su forma sin perder, cobra la forma
De la mujer amada, y el esposo
Ausente, el cielo póstumo adivina
Por el casto dolor purificado.

LUZ DE LUNA

Esplendía su rostro ; por los hombros
Rubias guedejas le colgaban ; era
Una caricia su sonrisa : era
Ciego de nacimiento. Parecía
Que veía. Tras los párpados callados
Como un lago tranquilo, el alma exenta
Del horror que en el mundo ven los ojos,
Sus apacibles aguas deslizaba :
Tras los párpados blancos se veían
Aves de plata, estrellas voladoras,
En unas grutas pálidas los besos
Risueños disputándose la entrada,
Y en el dorso de cisnes navegando
Del ciego aquel (1) los pensamientos puros.

Como una rama en flor, al sosegado
Río silvestre que hacia el mar camina,
Una afable mujer se asomó al ciego.
Tembló, encendióse, se cubrió de rosas,

(1) En el original está la palabra « fiel » entre rayas perpendiculares, como para ser sustituida por otra. Nos hemos permitido hacer la sustitución. (Nota de la edición de G. de Quesada.)

Y las pálidas manos del amante
Besó cien veces, y llenó con ellas.
En la misma guirnalda entrelazados
Pasan los dos la generosa vida.
Tan grandes son las flores, que a su sombra
Suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena a un potro que hus-
[meando

Campo y batalla, en el portal sujeto
Mira, como quien muerde, al amo duro,
Así, rebelde a veces, tras sus ojos
El pobre ciego el alma sujetaba.
— ¡ Oh, si vieras ! (los necios le decían
Que no han visto en sus almas), ¡ oh si vieras
Cuando sobre los trigos quemados,
Su ejército de rayos el Sol lanza,
Cómo chispean, cómo relucen, cómo,
Asta al aire, el hinchado campamento
Los cascos mueve y el plumón lustrosos !
¡ Si vieras cómo el mar, roto y negruzco,
Vuelca al barco infeliz, y encumbra al fuerte ;
Si vieses, infeliz, cómo la Tierra
Cuando la Luna llena la ilumina,
Desposada parece que en los aires
Buscando va, con planta perezosa,
La casa florecida de su amado !
— ¡ Ha de ser, ha de ser como quien toca

La cabeza de un niño !

— Calla, ciego.

Es como asir en una flor la vida.

De súbito vió el ciego. — Esta que esplende,
Dijéronle, es la Luna. ¡ Mira, mira

Qué mar de luz ! ¡ Abismos, ruinas, cuevas,

Todo por ella casto y blando luce

Como de noche el pecho de las tórtolas !

— ¿ Nada más ? — dijo el ciego y retornando

A su amada celosa los ya abiertos

Ojos, besóle la temblante mano

Humildemente, y díjole : — No es nueva,

Para el que sabe amar, la luz de luna.

OBRAS COMPLETAS

DE JOSÉ MARTÍ

EN 11 VOLÚMENES

EDICIÓN DE LUJO

En nombre de la solidaridad hispano-americana que se está afirmando hoy día con más vigor que nunca en nuestra América, venimos a solicitar el concurso de Ud como suscriptor a un ejemplar de las Obras Completas de José Martí, Edición de lujo.

Martí es en la memoria y en la gratitud de todo americano, la encarnación de las más eminentes virtudes cívicas, el apóstol de Cuba y nuestro más reciente Libertador. Pero si se admira con efusión unánime la figura del prócer, muy pocos saben que él fué también — y sobre todo — uno de los geniales escritores del Continente. Tan singular olvido de los preclaros dones del Maestro se debe exclusivamente a la dificultad de obtener en librería sus Obras Completas. Editadas de prisa por la piedad filial de Gonzalo de Quesada; editadas en diversas capitales y sin los recursos indis-

pensables del caso, han llegado a ser rarísimas. Por lo demás, no alcanzaron nunca la difusión popular que Martí mismo hubiera deseado para ellas, pues escribía para América entera y su amor entrañable a los humildes fué uno de los más conmovedores aspectos de su genio dadivoso y magnánimo.

Hora es ya de que tamaña injusticia se repare; y guiados solamente por nuestra devoción al cubano insigne, acometemos hoy la tarea de publicar una edición definitiva de sus obras, contando de antemano con la adhesión y la simpatía de nuestros compatriotas americanos. Para que estas Obras Completas obtengan la máxima difusión, hemos decidido publicarlas en cuatro series :

1º Una edición de gran lujo en papel Japón, limitada a cuarenta ejemplares numerados de 1 a 40 (con un dibujo original, firmado por el artista y el nombre del suscriptor) al precio de :

2.000 francos la obra completa en once volúmenes de gran formato, ilustrados, a la rústica ;
2.500 francos con encuadernación de lujo.

2º Una edición de lujo en papel de Holanda, tirada a 100 ejemplares numerados de 41 a 140, al precio de :

1.000 francos los once volúmenes a la rústica ;

1.400 francos los once volúmenes encuadernados en piel.

3º Una edición de 200 ejemplares, numerados de 141 a 340 en papel de hilo, al precio de :

600 francos los once volúmenes a la rústica ;

1.000 francos los once volúmenes encuadernados en piel.

4º Una edición de 1.500 ejemplares numerados de 341 a 1.840, al precio de :

150 francos los once volúmenes a la rústica ;

200 francos los once volúmenes encuadernados en tela.

OciosO nos parece advertir que con tal publicación no perseguimos fin lucrativo alguno y que el producto de la edición, si alcanzamos el éxito esperado, lo destinaremos a publicar algunas obras del maestro traducidas al francés y a erigirle un monumento.

Muy cordialmente le agradeceremos que nos indique de cual de las series arriba mencionadas quiere Ud ser suscriptor ; y aprovechamos la oportunidad para ofrecerle las seguridades de nuestra consideración muy distinguida.

ARMANDO GODOY.

V. GARCÍA CALDERON.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

EDITORIAL EXCELSIOR

Sírvanse considerarme como suscriptor de
ejemplar de las

OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ MARTÍ

- I. Papel Japón (40 ej.) 11 volúmenes a la rústica :
2.000 francos. Encuadernados : 2.500 francos.
- II. Papel de Holanda (100 ej.) 11 vol. a la rústica :
1.000 francos. Encuadernados : 1.400 francos.
- III. Papel de hilo (200 ej.) 11 vol. a la rústica :
600 francos. Encuadernados : 1.000 francos.
- IV. Papel alfa (1.500 ej.) 11 vol. a la rústica :
150 francos. Encuadernados : 200 francos.

Nombre

Dirección

Firma :

Le rogamos que dirija su respuesta a Armando Godoy,
39, rue Raffet, o al Doctor Francisco Domínguez Roldán,
12, rue Margueritte, o a Ventura García Calderón, *Editorial
Excelsior*, 42, boulevard Raspail, París.

FLOR DE HIELO

Al saber que era muerto Manuel Ocaranza.

¡ Mírala ! ¡ Es negra ! ¡ Es torva ! Su tremenda
Hambre la azuza. Son sus dientes hoces ;
Antro su fauce ; secadores vientos
Sus hálitos ; su paso, ola que traga
Huertos y selvas ; sus manjares, hombres.
¡ Viene !, escondeos, oh, caros amigos,
Hijo del corazón, padres muy caros !
Do asoma, quema ; es sorda, es ciega : — El hambre
Ciega el alma y los ojos. ¡ Es terrible
El hambre de la Muerte !

No es ahora

La generosa, la clemente amiga
Que el muro rompe al alma prisionera
Y le abre el claro cielo fortunado ;
No es la dulce, la plácida, la pía
Redentora de tristes, que del cuerpo,
Como de huerto abandonado, toma
El alma adolorida, y en más alto
Jardín la deja, donde blanda luna
Perpetuamente brilla, y crecen sólo
En vástagos en flor blancos rosales,
No la esposa evocada ; no la eterna

La cabeza de un niño !

— Calla, ciego.

Es como asir en una flor la vida.

De súbito vió el ciego. — Esta que esplende,
Dijéronle, es la Luna. ¡ Mira, mira

Qué mar de luz ! ¡ Abismos, ruinas, cuevas,
Todo por ella casto y blando luce

Como de noche el pecho de las tórtolas !

— ¿ Nada más ? — dijo el ciego y retornando

A su amada celosa los ya abiertos

Ojos, besóle la temblante mano

Humildemente, y díjole : — No es nueva,

Para el que sabe amar, la luz de luna.

FLOR DE HIELO

Al saber que era muerto Manuel Ocaranza.

¡ Mírala ! ¡ Es negra ! ¡ Es torva ! Su tremenda
Hambre la azuza. Son sus dientes hoces ;
Antro su fauce ; secadores vientos
Sus hálitos ; su paso, ola que traga
Huertos y selvas ; sus manjares, hombres.
¡ Viene !, escondeos, oh, caros amigos,
Hijo del corazón, padres muy caros !
Do asoma, quema ; es sorda, es ciega : — El hambre
Ciega el alma y los ojos. ¡ Es terrible
El hambre de la Muerte !

No es ahora

La generosa, la clemente amiga
Que el muro rompe al alma prisionera
Y le abre el claro cielo fortunado ;
No es la dulce, la plácida, la pía
Redentora de tristes, que del cuerpo,
Como de huerto abandonado, toma
El alma adolorida, y en más alto
Jardín la deja, donde blanda luna
Perpetuamente brilla, y crecen sólo
En vástagos en flor blancos rosales,
No la esposa evocada ; no la eterna

Madre invisible, que los anchos brazos,
 Sentada en todo el ámbito solemne,
 Abre a sus hijos, que la vida agosta,
 Y a reposar y a reparar sus bríos
 Para el fragor y la batalla nueva
 Sus cabezas igníferas reclina
 En su puro y jovial seno de aurora.

¡ No ; aun a la diestra del Señor sublime
 Que envuelto en nubes, con sonora planta
 Sobre cielos y cúspides pasea ;
 Aun en los bordes de la copa dívea
 En colosal montaña trabajada
 Por tallador cuyas tudentes manos
 Hechas al rayo y trueno fragorosos
 Como barro sutil la roca herían ;
 Aun a los lindes del gigante vaso
 Donde se bebe al fin la paz eterna,
 El mal, como un insecto, sus oscuros
 Anillos mueve y sus antenas clava,
 Artero, en los sedientos bebedores !

¡ Sierva es la Muerte : sierva del callado
 Señor de toda vida : salvadora
 Oculta de los hombres ! Mas el igneo
 Dueño a sus siervos implacable ordena
 Que hasta rendir el postrimer aliento,
 A la sombra feliz del mirto de oro,
 El bien y el mal el seno les combatan ;
 Y sólo las eternas rosas ciñe

Al que a sus mismos ojos el mal torvo
 En batalla final convulso postra.
 Y pío entonces en la seca frente
 Da aquél, en cuyo seno poderoso
 No hay muerte ni dolor, un largo beso.
 ¡ Y en la Muerte gentil, la Muerte misma,
 Lidian el bien y el mal... ! ¡ Oh dueño rudo,
 A rebelión y a admiración me mueve
 Este misterio de dolor, que pena
 La culpa de vivir, que es culpa tuya,
 Con el dolor tenaz, martirio nuestro !
 ¿ Es tu seno quizá tal hermosura
 Y el placer de domar la interna fiera
 Gozo tan vivo, que el martirio mismo
 Es precio pobre a la final delicia ?
 ¡ Hora tremenda y criminal, oh Muerte,
 Aquella en que en tu seno generoso
 El hambre ardió, y en el ilustre amigo
 Seca posaste la tajante mano !
 ¡ No es, no, de tales víctimas tu empresa
 Poblar la sombra ! De cansados ruines,
 De ancianos laxos, de guerreros flojos
 Es tu oficio poblarla, y en tu seno
 Rehacer al viejo la gastada vida
 Y al soldado sin fuerzas la armadura.
 Mas el taller de los creadores sea,
 ¡ Oh Muerte !, de tus hambre sreservado !
 ¡ Hurto ha sido ; tal hurto, que en la sola
 Casa, su pueblo entero los cabellos

Mesa, y su triste amigo solitario
 Con gestos grandes de dolor sacude,
 Por él clamando, la callada sombra !
 ¡ Dime, torpe hurtadora, di el oscuro
 Monte donde tu recia culpa amparas ;
 Y donde con la seca selva en torno,
 Cual cabellera de tu cráneo hueco,
 En lo profundo de la tierra escondes
 Tu generosa víctima ! ¡ Di al punto
 El antro, y a sus puertas con el pomo
 Llamaré de mi espada vengadora !
 Mas, ¡ ay ! ¿ Que a do me vuelvo ? ¿ Qué soldado
 A seguirme vendrá ? ¡ Capua es la tierra,
 Y de orto a ocaso, y a los cuatro vientos !
 No hay más, no hay más que infames desertores,
 De pie sobre sus armas enmohecidas
 En rellenar sus arcas afanados.

¡ No de mármol son ya, ni son de oro,
 Ni de piedra tenaz o hierro duro
 Los divinos magníficos humanos.
 De algo más torpe son : jaulas de carne
 Son hoy los hombres, de los vientos crueles
 Por mantos de oro y púrpura amparados,
 Y de la jaula en lo interior, un negro
 Insecto de ojos ávidos y boca
 Ancha y febril, retoza, come, ríe !
 ¡ Muerte, el crimen fué bueno : guarda, guarda
 En la tierra inmortal tu presa noble !

ISMAELILLO

ISMAELILLO

Príncipe enano.

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blandas guedejas ;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras :
Vuelan, brillan, palpitan,
¡ Relampaguean !
El para mí es corona,
Almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
Potros y hienas,
Va, mansa y obediente,
Donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo ;
Si se me queja,
Cual de mujer, mi rostro
Nieve se trueca ;
Su sangre, pues, anima
Mis flacas venas :

¡ Con su gozo mi sangre
Se hincha, o se seca !
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¡ Venga mi caballero
Por esta senda !
¡ Éntrese mi tirano
Por esta cueva !
Tal es, cuando a mis ojos
Su imagen llega,
Cual si en lóbrego antro
Pálida estrella,
Con fulgores de ópalo,
Todo vistiera.
A su paso la sombra
Matices muestra,
Como al Sol que las hiere
Las nubes negras.
¡ Heme ya, puesto en armas,
En la pelea !
Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva.
¡ El para mí es corona,
Almohada, espuela !
Y como el Sol, quebrando
Las nubes negras,
En banda de colores
La sombra trueca, —

Él, al tocarla, borda
En la onda espesa,
Mi banda de batalla
Roja y violeta.
¿ Conque mi dueño quiere
Que a vivir vuelva ?
¡ Venga mi caballero
Por esta senda !
¡ Éntrese mi tirano
Por esta cueva !
¡ Déjeme que la vida
A él, a él ofrezca !
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

Sueño despierto.

Yo sueño con los ojos
Abiertos, y de día
Y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas
Del ancho mar revuelto,
Y por entre las crespas
Arenas del desierto,
Y del león pujante,
Monarca de mi pecho,
Montado alegremente
Sobre el sumiso cuello, —
¡ Un niño que me llama
Flotando siempre veo !

Brazos fragantes.

Sé de brazos robustos,
Blandos, fragantes ;
Y sé que cuando envuelven
El cuello frágil,
Mi cuerpo, como rosa
Besada, se abre,
Y en su propio perfume
Lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
Las sienas laten ;
Mueven las rojas plumas
Internas aves ;
Sobre la piel, curtida
De humanos aires,
Mariposas inquietas
Sus alas baten ;
¡ Savia de rosa enciende
Las muertas carnes ! —
¡ Y yo doy los redondos
Brazos fragantes,
Por dos brazos menudos
Que halarme saben,
Y a mi pálido cuello
Recios colgarse,
Y de místicos lirios
Collar labrarme !
¡ Lejos de mí por siempre,
Brazos fragantes !

Mi caballero.

Por las mañanas,
Mi pequeñuelo
Me despertaba
Con un gran beso.
Puesto a horcajadas
Sobre mi pecho,
Bridas forjaba
Con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
De gozo yo ebrio,
Me espoleaba
Mi caballero :
¡ Qué suave espuela
Sus dos pies frescos !
¡ Cómo reía
Mi jinetuelo !
¡ Y yo besaba
Sus pies pequeños,
Dos pies que caben
En solo un beso !

Musa traviesa.

¿ Mi musa ? Es un diablillo
Con alas de ángel.
¡ Ah, musilla traviesa,
Qué vuelo trae !

Yo suelo, caballero
En sueños graves,
Cabalgar horas luengas
Sobre los aires.
Me entro en nubes rosadas,
Bajo a hondos mares,
Y en los senos eternos
Hago viajes.
Allí asisto a la inmensa
Boda inefable,
Y en los talleres huelgo
De la luz madre :
Y con ella es la oscura
Vida, radiante,
¡ Y a mis ojos los antros
Son nidos de ángeles !
Al viajero del cielo
¿ Qué el mundo frágil ?
Pues ¿ no saben los hombres
Qué encargo traen ?

¡ Rasgarse el bravo pecho,
 Vaciar su sangre,
 Y andar, andar heridos,
 Muy largo el valle,
 Roto el cuerpo en harapos,
 Los pies en carne,
 Hasta dar sonriendo
 — ¡ No en tierra ! — exánimes !
 Y entonces sus talleres
 La luz les abre,
 Y ven lo que yo veo :
 ¿ Qué el mundo frágil ?
 Seres hay de montaña,
 Seres de valle,
 Y seres de pantanos
 Y lodazales.

De mis sueños desciendo,
 Volando vanse,
 Y en papel amarillo
 Cuento el viaje.
 Contándolo, me inunda
 Un gozo grave : —
 Y cual si el monte alegre,
 Queriendo holgarse
 Al alba enamorando
 Con voces ágiles,
 Sus hilillos sonoros
 Desanudase,

Y salpicando riscos,
 Labrando esmaltes,
 Refrescando sedientas
 Cálidas cauces,
 Echáralos risueños
 Por falda y valle, —
 Así, al alba del alma
 Regocijándose,
 Mi espíritu encendido
 Me echa a raudales
 Por las mejillas secas
 Lágrimas suaves.
 Me siento, cual si en magno
 Templo oficiase ;
 Cual si mi alma por mirra
 Virtiese al aire ;
 Cual si en mi hombro surgieran
 Fuerzas de Atlante ;
 Cual si el Sol en mi seno
 La luz fraguase : —
 Y estallo, hiervo, vibro ;
 ¡ Alas me nacen !

Suavemente la puerta
 Del cuarto se abre,
 Y éntranse a él gozosos
 Luz, risas, aire.
 Al par da el Sol en mi alma
 Y en los cristales :

¡ Por la puerta se ha entrado
 Mi diablo ángel !
 ¿ Qué fué de aquellos sueños,
 De mi viaje,
 Del papel amarillo,
 Del llanto suave ?
 Cual si de mariposas,
 Tras gran combate,
 Volaran alas de oro
 Por tierra y aire,
 Así vuelan las hojas
 Do cuento el trance.
 Hala acá el travesuelo
 Mi paño árabe ;
 Allá monta en el lomo
 De un incunable ;
 Un carcax con mis plumas
 Fabrica y átase ;
 Un sílex persiguiendo
 Vuelca un estante,
 Y ¡ allá ruedan por tierra
 Versillos frágiles,
 Brumosos pensadores,
 Lópeos galanes !
 De águilas diminutas
 Puéblase el aire :
 ¡ Son ideas, que ascienden,
 Rotas sus cárceles !

Del muro arranca, y cíñese,
 Indio plumaje ;
 Aquella que me dieron
 De oro brillante,
 Pluma, a marcar nacida
 Frentes infames,
 De su caja de seda
 Saca, y la blande :
 Del Sol a los requiebros
 Brilla el plumaje,
 Que baña en áureas tintas
 Su audaz semblante.
 De ambos lados el rubio
 Cabello al aire,
 A mí súbito viénese
 A que lo abrace.
 De beso en beso escala
 Mi mesa frágil ;
 ¡ Oh, Jacob, mariposa,
 Ismaëlillo, árabe !
 ¿ Qué ha de haber que me guste
 Como mirarle
 De entre polvo de libros
 Surgir radiante,
 Y, en vez de acero, verle
 De pluma armarse,
 Y buscar en mis brazos
 Tregua al combate ?
 Venga, venga, Ismaelillo :

La mesa asalte,
 Y por los anchos pliegues
 Del paño árabe
 En rota vergonzosa
 Mis libros lance,
 Y siéntese magnífico
 Sobre el desastre,
 Y muéstreme riendo,
 Roto el encaje —
 — ¡ Qué encaje no se rompe
 En el combate ! —
 Su cuello, en que la risa
 Gruesa onda hace !
 ¡ Venga, y por cauce nuevo
 Mi vida lance,
 Y a mis manos la vieja
 Péñola arranque,
 Y del vaso manchado
 La tinta vacie !
 ¡ Vaso puro de nácar :
 Dame a que harte
 Esta sed de pureza :
 Los labios cánsame !
 ¿ Son éstas que lo envuelven
 Carnes, o nácares ?
 La risa, como en taza
 De ónice árabe,
 En su incólume seno
 Bulle triunfante:

¡ Hete aquí, hueso pálido,
 Vivo y durable !
 ¡ Hijo soy de mi hijo !
 ¡ El me rehace !

¡ Pudiera yo, hijo mío,
 Quebrando el arte
 Universal, muriendo
 Mis años dándote,
 Envejecerte súbito,
 La vida ahorrarte ! —
 ¡ Mas no : que no verías
 En horas graves
 Entrar el Sol al alma
 Y a los cristales !
 Hierva en tu seno puro
 Risa sonante :
 Rueden pliegues abajo
 Libros exangües :
 Sube, Jacob alegre,
 La escala suave :
 Ven, y de beso en beso
 Mi mesa asalte : —
 ¡ Pues esa es mi musilla,
 Mi diablo ángel !
 ¡ Ah, musilla traviesa,
 Qué vuelo trae !

Mi reyecillo.

Los persas tienen
Un rey sombrío ;
Los hunos foscos
Un rey altivo ;
Un rey ameno
Tienen los íberos ;
Rey tiene el hombre,
Rey amarillo :
¡ Mal van los hombres
Con su dominio !
Mas yo vasallo
De otro rey vivo, —
Un rey desnudo,
Blanco y rollizo :
Su cetro — ¡ un beso !
Mi premio — ¡ un mimo !
¡ Oh, cual los áureos
Reyes divinos
De tierras muertas,
De pueblos idos
— ¡ Cuando te vayas,
Llévame, hijo ! —
Toca en mi frente
Tu cetro omnímodo ;
Ungeme siervo,

Siervo sumiso :
¡ No he de cansarme
De verme ungido !
¡ Lealtad te juro,
Mi reyecillo !
Sea mi espada
Pavés de mi hijo ;
Pasa en mis hombros
El mar sombrío :
Muera al ponerte
En tierra vivo : —
Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡ Muere conmigo !
¿ Vivir impuro ?
¡ No vivas, hijo !

Penachos vívidos.

Como taza en que hierve
De transparente vino
En doradas burbujas
El generoso espíritu ;

Como inquieto mar joven
Del cauce nuevo henchido
Rebosa, y por las playas
Bulle y muere tranquilo ;

Como manada alegre
De bellos potros vivos
Que en la mañana clara
Muestran su regocijo,

Ora en carreras locas,
O en sonoros relinchos,
O sacudiendo el aire
El crinaje magnífico ; —

¡Así mis pensamientos
Rebosan en mí vívidos,
Y en crespas espuma de oro
Besan tus pies, sumisos,

O en fúlgidos penachos
De varios tintes ricos,
Se mecen y se inclinan
Cuando tú pasas—hijo !

Hijo del alma.

¡ Tú flotas sobre todo,
Hijo del alma !
De la revuelta noche
Las oleadas,
En mi seno desnudo
Déjante el alba ;
Y del día la espuma
Turbia y amarga,
De la noche revuelta
Te echa en las aguas.
Guardiancillo magnánimo,
La no cerrada
Puerta de mi hondo espíritu
Amante guardas ;
Y si en la sombra ocultas
Búscanme avaras,
De mi calma celosas,
Mis penas varias, —
En el umbral obscuro
Fiero te alzas,
¡ Y les cierran el paso
Tus alas blancas !
Ondas de luz y flores
Trae la mañana,
Y tú en las luminosas

Ondas cabalgas.
No es, no, la luz del día
La que me llama,
Sino tus manecitas
En mi almohada.
Me hablan de que estás lejos :
¡ Locuras me hablan !
Ellas tienen tu sombra ;
¡ Yo tengo tu alma !
Esas son cosas nuevas,
Mías y extrañas.
Yo sé que tus dos ojos
Allá en lejanas
Tierras relampaguean, —
Y en las doradas
Olas de aire que baten
Mi frente pálida,
Pudiera con mi mano,
Cual si haz segara
De estrellas, segar haces
De tus miradas :
¡ Tú flotas sobre todo,
Hijo del alma !

Amor errante.

Hijo, en tu busca
Cruzo los mares :
Las olas buenas
A ti me traen :
Los aires frescos
Limpian mis carnes
De los gusanos
De las ciudades ;
Pero voy triste
Porque en los mares
Por nadie puedo
Verter mi sangre.
¿ Qué a mí las ondas
Mansas e iguales ?
¿ Qué a mí las nubes,
Joyas volantes ?
¿ Qué a mí los blandos
Juegos del aire ?
¿ Qué la iracunda
Voz de huracanes ?
A éstos—¡ la frente
Hecha a domarles !
A los lascivos
Besos fugaces
De las menudas

Brisas amables, —
Mis dos mejillas
Secas y exangües,
¡ De un beso inmenso
Siempre voraces !
Y ¿ a quién, el blanco
Pálido ángel:
Que aquí en mi pecho
Las alas abre
Y a los cansados
Que de él se amporen
Y en él se nutran
Busca anhelante ?
¿ A quién envuelve
Con sus süaves
Alas nubosas
Mi amor errante ?
¡ Libres de esclavos
Cielos y mares,
Por nadie puedo
Verter mi sangre !
Y llora el blanco
Pálido ángel :
¡ Celos del cielo
Llorar le hacen,
Que a todos cubre
Con sus celajes !
Las alas níveas
Cierra, y ampárase

De ellas el rostro
 Inconsolable : —
 Y en el confuso
 Mundo fragante
 Que en la profunda
 Sombra se abre,
 Donde en solemne
 Silencio nacen
 Flores eternas
 Y colosales,
 Y sobre el dorso
 De aves gigantes
 Despiertan besos
 Inacabables, —
 ¡ Risueño y vivo
 Surge otro ángel !

Sobre mi hombro.

Ved : sentado lo llevo
 Sobre mi hombro :
 Oculto va, y visible
 Para mí solo :
 El me ciñe las sienes
 Con su redondo
 Brazo, cuando a las fieras
 Penas me postro : —
 Cuando el cabello hirsuto
 Yérguese y hosco,
 Cual de interna tormenta
 Símbolo torvo,
 Como un beso que vuela
 Siento en el tosco
 Cráneo : su mano amansa
 El bridón loco ! —
 Cuando en medio del recio
 Camino lóbrego,
 Sonríe, y desmayado
 Del raro gozo,
 La mano tiendo en busca
 De amigo apoyo, —
 Es que un beso invisible
 Me da el hermoso
 Niño que va sentado
 Sobre mi hombro.

Tábanos fieros.

¡ Venid, tábanos fieros,
Venid, chácales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten !
Por aquí, verde envidia !
Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme :
Sécame : máncame !
Por acá, los vendados
Celos voraces !
Y tú, moneda de oro,
Por todas partes !
De virtud mercaderes,
Mercadeadme !
Mató el Gozo a la Honra :
Venga a mí, — y mate !

Cada cual con sus armas
Surja y batalle !
El placer, con su copa :
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,
La virgen ágil ;

Con su espada de plata,
El diablo bátame : —
La espada cegadora
No ha de cegarme !

Asorde la caterva
De batallantes :
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro
Nieves radiantes :
Como gotas de lluvia
Las nubes lancen
Muchedumbre de aceros
Y de estandartes :
Parezca que la tierra,
Rota en el trance,
Cubrió su dorso verde
De áureos gigantes :
Lidiemos, no a la lumbre
Del sol suave,
Sino al funesto brillo
De los cortantes
Hierros : rojos relámpagos
La niebla tajen :
Sacudan sus raíces
Libres los árboles :
Sus faldas trueque el monte
En alas ágiles :

Clamor óigase, como
 Si en un instante
 Mismo, las almas todas
 Volando ex cárceles,
 Rodar a sus pies vieran
 Su hopa de carnes :
 Cíñame recia veste
 De amenazantes
 Aostas agudas : hilos
 Tenues de sangre
 Por mi piel rueden leves
 Cual rojos áspides :
 Su diente en lodo afilen
 Pardos chacales :
 Lime el tábano terco
 Su aspa volante :
 Muérdame en los dos labios
 La bella carne : —
 Que ya vienen, ya vienen
 Mis talismanes !
 Como nubes vinieron
 Esos gigantes :
 ¡ Ligeros como nubes
 Volando iránse !

La desdentada envidia
 Irá, secas las fauces,
 Hambrienta, por desiertos
 Y calcinados valles,

Royéndose las mondas
 Escuálidas falanges ;
 Vestido irá de oro
 El diablo formidable,
 En el cansado puño
 Quebrada la tajante ;
 Vistiendo con sus lágrimas
 Irá, y con voces grandes
 De duelo, la Hermosura
 Su inútil arreaaje : —
 Y yo en el agua fresca
 De algún arroyo amable
 Bañaré sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
 Radiosa evaporarse
 Aquellas escamadas
 Corazas centellantes :
 Las alas de los cascos
 Agítanse, debátense,
 Y el casco de oro en fuga
 Se pierde por los aires.
 Tras misterioso viento
 Sobre la hierba arrástranse,
 Cual sierpes de colores,
 Las flámulas ondeantes.
 Junta la tierra súbito
 Sus grietas colosales

Y echa su dorso verde
 Por sobre los gigantes :
 Corren como que vuelan
 Tábanos y chacales,
 Y queda el campo lleno
 De un humillo fragante.
 De la derrota ciega
 Los gritos espantables
 Escúchanse, que evocan
 Callados capitanes ;
 Y mézase soberbia
 El áspero crinaje,
 Y como muere un buitre
 Expira sobre el valle :
 En tanto, yo a la orilla
 De un fresco arroyo amable,
 Restaño sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

No temo yo ni curo
 De ejércitos pujantes,
 Ni tentaciones sordas,
 Ni vírgenes voraces :
 El vuela en torno mío,
 El gira, él para, él bate ;
 Aquí su escudo opone ;
 Allí su clava blande ;
 A diestra y a siniestra
 Mandobla, quiebra, esparce ;

Recibe en su escudillo
 Lluvia de dardos hábiles ;
 Sacúdelos al suelo,
 Bríndalo a nuevo ataque.
 ¡ Ya vuelan, ya se vuelan
 Tábanos y gigantes ! —
 Escúchase el chasquido
 De hierros que se parten ;
 Al aire chispas fúlgidas
 Suben en rubios haces ;
 Alfómbrase la tierra
 De dagas y montantes ;
 ¡ Ya vuelan, ya se esconden
 Tábanos y chacales ! —
 El como abeja zumba,
 El rompe y mueve el aire,
 Detiéndose, ondëa, deja
 Rumor de alas de ave :
 Ya mis cabellos roza ;
 Ya sobre mi hombro párase ;
 Ya mi costado cruza ;
 Ya en mi regazo lánzase ;
 ¡ Ya la enemiga tropa
 Huye, rota y cobarde !
 ¡ Hijos, escudos fuertes
 De los cansados padres !
 ¡ Venga mi caballero,
 Caballero del aire !
 ¡ Véngase mi desnudo

Guerrero de alas de ave,
 Y echemos por la vía
 Que va a ese arroyo amable,
 Y con sus aguas frescas
 Bañe mi hilo de sangre !
 Caballeruelo mío !
 Batallador volante !

Tórtola blanca.

El aire está espeso,
 La alfombra manchada,
 Las luces ardientes,
 Revuelta la sala ;
 Y acá entre divanes
 Y allá entre otomanas,
 Tropiézase en restos
 De tules, o de alas.
 ¡ Un baile parece
 Ce copas exhaustas !
 Despierto está el cuerpo,
 Dormida está el alma ;
 ¡ Qué férvido el valse !
 ¡ Qué alegre la danza !
 ¡ Qué fiera hay dormida
 Cuando el baile acaba !
 Detona, chispea,
 Espuma, se vacía,
 Y expira dichosa
 La rubia champaña :
 Los ojos fulguran ;
 Las manos abrasan ;
 De tiernas palomas
 Se nutren las águilas ;
 Don Juanes lucientes

Devoran Rosauras ;
 Fermenta y rebosa
 La inquieta palabra ;
 Estrecha en su cárcel
 La vida incendiada,
 En risas se rompe
 Y en lava y en llamas ;
 Y lirios se quiebran,
 Y violas se manchan,
 Y giran las gentes,
 Y ondulan y valsan ;
 Mariposas rojas
 Inundan la sala,
 Y en la alfombra muere
 La tórtola blanca.

Yo fiero rehusó
 La copa labrada ;
 Traspaso a un sediento
 La alegre champaña ;
 Pálido recojo
 La tórtola hollada ;
 Y en su fiesta dejo
 Las fieras humanas ;—
 Que el balcón azotan
 Dos alitas blancas
 Que llenas de miedo
 Temblando me llaman,

Valle lozano.

Dígame, mi labriego,
 ¿Cómo es que ha andado
 En esta noche lóbrega
 Este hondo campo ?
 Dígame, ¿de qué flores
 Untó el arado,
 Que la tierra olorosa
 Trasciende a nardos ?
 Dígame, ¿de qué ríos
 Regó este prado,
 Que era un valle muy negro
 Y ora es lozano ?

Otros, con dagas grandes
 Mi pecho araron :
 Pues ¿qué hierro es el tuyo
 Que no hace daño ?
 Y esto dije—y el niño
 Riendo me trajo
 En sus dos manos blancas
 Un beso casto.

Mi dispensero.

¿ Qué me das ? ¿ Chipre ?
Yo no lo quiero :
Ni rey de bolsa
Ni posaderos
Tienen del vino
Que yo deseo ;
Ni es de cristales
De cristaleros
La dulce copa
En que lo bebo.
Mas está ausente
Mi dispensero,
Y de otro vino
Yo nunca bebo

Rosilla nueva.

¡ Traidor ! ¿ Con qué arma de oro
Me has cautivado ?
Pues yo tengo coraza
De hierro áspero.
Hiela el dolor : el pecho
Trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
Del Sol al blando
Rayo, suelta el magnífico
Manto plateado,
Y salta en hilo alegre
Al valle pálido,
Y las rosillas nuevas
Riega magnánimo ;
Así, guerrero fúlgido,
Roto a tu paso,
Humildoso y alegre
Rueda el peñasco ;
Y cual lebrél sumiso
Busca saltando
A la rosilla nueva
Del valle pálido.

OTROS VERSOS

A MI MADRE (*)

Madre del alma, madre querida,
Son tus natales, quiero cantar ;
Porque mi alma, de amor henchida,
Aunque muy joven, nunca se olvida
De la que vida me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas
Que yo a tu lado no siento ir,
Por tus caricias arrobadoras
Y las miradas tan seductoras
Que hacen mi pecho fuerte latir.

A Dios yo pido constantemente
Para mis padres vida inmortal ;
Porque es muy grato, sobre la frente
Sentir el roce de un beso ardiente
Que de otra boca nunca es igual.

1868.

(*) Estos son, probablemente, los primeros versos escritos por el Maestro.

A MICAELA

EN LA MUERTE DE MIGUEL ANGEL (*)

I

Cuando en la noche del duelo
 Lloro el alma sus pesares,
 Y lamenta su desgracia,
 Y conduele sus afanes,
 Tristes lágrimas se escapan
 Como perlas de los mares ;
 Y por eso, Micaela,
 Triste lloras, sin que nadie
 Tu dolor consolar pueda
 Y tus sollozos acalle ;
 Y por eso, Micaela,
 Triste en tu dolor de madre,
 Lloras siempre, siempre gimes
 La muerte de Miguel Angel.

(*) Miguel Angel fué el primer hijo del segundo matrimonio de Rafael María de Mendive. Murió al año de nacido.

II

¡ Allí está ! Cual fresca rosa,
 Blanco lirio de la tarde,
 Sentado en el verde musgo,
 Yace tu Miguel, tu " ángel ",
 La imagen de tus delirios,
 La noche de tus afanes,
 El alma de tus amores,
 Consuelo de tus pesares,
 Pura gota de rocío
 Que al blando beso del aire
 Casta brotó de tu seno
 Convertida en Miguel Angel.

III

¡ Allí está ! Lágrimas tristes
 Anublan tu faz de madre,
 Porque le falta a tus ojos
 Algo bello, algo tan suave
 Como las nubes de oro,
 Rosa y grana, de la tarde ;
 Y en el aire que respiras,
 Y en las hojas de los árboles,
 Ves cruzar, cual misteriosa
 Sombra, de tu amor imagen,
 A la perla de tus sueños,
 Al precioso Miguel Angel.

IV

Pero, ¿ no ves, Micaela,
 Esa nube y esos ángeles ?
 ¡ Mira ! ¿ No ves cómo suben ?
 ¿ Los ves ? ¿ Los ves ? ¡ Triste madre,
 Ya se llevan a tu hijo,
 De tus delirios la imagen,
 El alma de tus amores,
 La noche de tus afanes,
 Pura gota de rocío,
 Linda perla de los mares !...
 ¡ Lloro, llora, Micaela,
 Porque se fué Miguel Angel

14 de abril de 1868.

CARTA DE MADRUGADA A SUS HERMANAS

ANTONIA Y AMELIA

Me han dicho que hay dos ángeles
 Estremecidos,
 Que habitan de pasada
 Un pobre nido.
 Me han dicho que a la puerta
 Del caserío,
 Asoman los lobeznos
 De los caminos.
 Me han dicho que los ángeles,
 Desfallecidos,
 Tristes de no ver cielo,
 Lloran impíos.
 ¡ No se corten la alas
 Los angelillos,
 Que cuando el cielo luzca
 No podrán ya volar del pobre nido !

1868.

LINDA HERMANITA MIA

Feliz es el momento en que recibo
Carta tuya ; feliz es este día,
Porque en ti pienso y de mi amor te escribo.
Versos esperas tú que te anunciaba
Allá por la pasada nochebuena.
En el revuelto mar de mis papeles
No se sabe posar la paz serena,
Y, pues que soy doncel, obro sin pena,
Como obran desde antaño los donceles :
Escribo, guardo, pierdo,
Te quiero mucho, y luego me perdonas,
Y si a mi loco juicio fuera cuerdo
Pensar un triste ornarse con coronas,
Las más bellas serían
Las que tus lindas manos me darían,
Los más consoladores tus laureles
Al perdonarme por haber perdido
Aquel, que por ser tuyo, hubiera sido
El más bello papel de mis papeles.
Impaciente y estúpido el correo,
Lucha y vence mi amor y mi deseo.
Carta es mi carta, mas si bien la peso,
Me une a tu imagen tan estrecho lazo,
Que es cada frase, para ti, un abrazo,
Y cada letra que te escribo, un beso.

*Ana mía : perdona si mis versos son malos.
Así brotan de mí en este momento. Yo no
corregiría nunca lo que escribiera para ti. Dime,
hermana amada mía : ¿sería capaz Blanco de
pensar y amarte así ?*

¡ 10 DE OCTUBRE ! (1)

No es un sueño, es verdad : grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido ;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.
Del ancho Cauto a la Escambráica sierra,
Ruge el cañón, y al bélico estampido,
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza, y tímido se aterra.
De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los campos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.
Gracias a Dios que ¡ al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza !

(1) Soneto publicado por José Martí en *El Siboney*, periódico manuscrito que se repartía entre los estudiantes de segunda enseñanza de la Habana durante los primeros meses del año 1869. (*Nota de la edición de Quesada.*)

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ

DEDICATORIA EN UN RETRATO

En mis desgracias, noble amigo, viste
¡ Ay ! mi llanto brotar ; si mi tirano
Las arrancó de mi alma, tú supiste
Noble enjugarlas con tu amiga mano,
Y en mis horas de lágrimas, tú fuiste
El amigo mejor, el buen hermano.
Recibe, pues, con el afecto mío,
Este pobre retrato que te envío.

12 de junio de 1869.

A PAULINA (1)

Si es un símbolo el nombre de Paulina,
De paz y de ventura,
De religión divina,
De amor filial y de la fe más pura,
Como un testigo a su virtud, le envió
Mi pobre canto y el retrato mío.

12 de junio de 1869.

(1) Estos versos aparecen al dorso de su retrato.

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ

DEDICATORIA EN UN RETRATO

Si en un retrato el corazón se envía,
Toma mi corazón, y cuando llores
Lágrimas de dolor, con ellas moja
La copia fiel de tu doliente amigo.

Presidio. 9 de junio de 1870.

PRIMERA BRIGADA--113 (1)

Mírame, madre, y por tu amor no llores :
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

Presidio, 28 de agosto de 1870.

(1) Dedicatoria en un retrato con el traje de presidiario, con el grillete al pie, enviado a su madre. El Maestro estaba en la Primera Brigada, número 113. (*Nota de la edición de Quesada.*)

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ (1)

Hermano de dolor, no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora ;
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.

Presidio, 28 de agosto de 1870.

(*) Dedicatoria en el retrato de presidiario que le mandó a su calabozo en la Cabaña.

En ti encerré mis horas de alegría
Y de amargo dolor ;
Permite al menos que en tus hojas deje
Mi alma con mi adiós.
Voy a una casa inmensa en que me han dicho
Que es la vida expirar.
La patria allí me lleva. Por la patria,
Morir es gozar más.

4 de abril de 1870.

¡ MADRE MIA !

Mi madre : el débil resplandor te baña
De esta mísera luz con que me alumbro,
Y aquí desde mi lecho
Te miro, y no me extraña—
Si tú vives en mí — que venga estrecho
A mi gigante corazón mi pecho.

El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.
¡ Te miro ¡ oh madre ! y en la vida creo !
¿ Cómo cerrar al plácido descanso
Los agitados ojos, si te veo ?

Se me llenan de lágrimas. ¿ Es cierto
¿ Que vivo aún como los otros viven ?
¿ Que al placer de la vida no me he muerto ?
Lloro, ¡ oh mi santa madre ! ¡ Yo creía
Que por nada en el mundo lloraría !
Los goces de la tierra despreciaba,
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en tí : yo me olvidaba
 De que eras sola tú la vida mía.
 Tú estás aquí : la sombra de tu imagen,
 Cuando reposo, baña mi cabeza.
 ¡ No más, no más tu santo amor ultrajen
 Pensamientos de bárbara fiereza !
 Una vida acabó : ¡ mi vida empieza !

La luz alumbra ahora
 Tu ojos, y me miras.
 ¡ Cuán dulcemente me hablas ! Me parece
 Que todo ríe plácido a mi lado ;
 Y es que mi alma, si me miras, crece,
 ¡ Y no hay nada después que me has mirado !

Huya el sueño de mí. ¡ Cuán poco extraño
 Las horas éstas que al descanso robo !
 ¡ Oh ! Si siento la muerte,
 Es porque, muerto ya, no podré verte !

Ya vienen a través de mi ventana
 Vislumbres de la luz de la mañana.
 No trinan como allá los pajarillos,
 Ni aroman como allá las frescas flores,
 Ni escucho aquel cantar de los sencillos
 Cubanos y felices labradores.
 Ni hay aquel cielo azul que me enamora,
 Ni verdor en los árboles, ni brisa,

Ni nada del edén que mi alma llora
 Y que quiero arrancar de tu sonrisa.
 ¡ Aquí no hay mas que pavoroso duelo
 En todo aquello que en mi patria ríe,
 Negruzcas nubes en el pardo cielo,
 Y en todas partes, el eterno hielo,
 Sin un rayo de sol con que te envíe
 La expresión inefable de mi anhelo !

Pero no temas, madre, que no tengo
 En mí esta nieve yo. Si la tuviera,
 Una mirada de tus dulces ojos
 Como un rayo de sol la deshiciera.
 ¿ Nieve viviendo tú ? Pedirme fuera
 Que en tu amor no creyese, ¡ oh madre mía !
 Y si en él no creyera,
 La serie de las vidas viviría,
 Y como alma perdida vagaría,
 Y eterno loco en los espacios fuera.
 ¡ Amame, ámame, siempre, madre mía !

30 de diciembre de 1871.

A MIS HERMANOS MUERTOS EL 27 DE NOVIEMBRE

(FRAGMENTO)

Cadáveres amados los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,
¡ Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos !
¡ Tocad mi corazón con vuestras manos !
¡ Gemid a mis oídos !
¡ Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos !
¡ Andad a mi redor ; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe,
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive !

Y tú, Muerte, hermana del martirio,
Amada misteriosa
Del genio y del delirio,

Mi mano estrecha, y siéntate a mi lado ;
¡ Os amaba viviendo, mas sin ella
No os hubiera tal vez idolatrado !

En lecho ajeno y en extraña tierra
La fiebre y el delirio devoraban
Mi cuerpo, si vencido, no cansado,
Y de la patria gloria enamorado.
¡ El brazo de un hermano recibía
Mi férvida cabeza,
Y era un eterno, inacabable día,
De sombras y letargos y tristeza !

De pronto vino, pálido el semblante,
Con la tremenda palidez sombría
Del que ha aprendido a odiar en un instante,
Un amigo leal, antes partido
A buscar nuevas vuestras decidido.
La expresión de la faz callada y dura,
Los negros ojos al mirar inciertos,
Algo como de horror y de pavora,
La boca contraída de amargura,
Los surcos de dolor recién abiertos,
Mi afán y mi ansiedad precipitaron.
—¿ Y ellos ? ¿ Y ellos ? mis labios pregun-
[taron ;

—¡ Muertos ! me dijo : ¡ muertos !
Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
Y se abrazó llorando con mi amigo,

Y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
 Viví en infierno bárbaro un instante,
 Y amé, y enloquecí, y os ví, y deshecho
 En iras y en dolor, odié al tirano,
 Y sentí tal poder y fuerza tanta,
 Que el corazón se me salió del pecho,
 Y lo exhalé en un ¡ ay ! por la garganta !

Y vime luego en el ajeno lecho,
 Y en la prestada casa, y en sombría
 Tarde que no es la tarde que yo amaba.
 ¡ Y quise respirar, y parecía
 Que un aire ensangrentado respiraba !
 Vertiendo sin consuelo
 Ese llanto que llora al patrio suelo,
 Lágrimas que después de ser lloradas
 Nos dejan en el rostro señaladas
 Las huellas de una edad de sombra y duelo,
 Mi hermano, cuidadoso,
 Vino a darme la calma, generoso.
 Una lágrima suya,
 Gruesa, pesada, ardiente,
 Cayó en mi faz ; y así, cual si cayera
 Sangre de vuestros cuerpos mutilados
 Sobre mi herido pecho, y de repente
 En sangre mi razón se obscureciera,
 Odié, rugí, luché ; de vuestras vidas
 Rescate halló mi indómita fiereza . . .
 ¡ Y entonces recordé que era impotente !

¡ Cruzó la tempestad por mi cabeza
 Y hundí en mis manos mi cobarde frente !

Y luché con mis lágrimas, que hervían
 En mi pecho agitado, y batallaban
 Con estrépito fiero,
 Pugnando todas por salir primero ;
 Y así como la tierra estremecida
 Se siente en sus entrañas removida,
 Y revienta la cumbre calcinada
 Del volcán a la horrenda sacudida,
 Así el volcán de mi dolor, rugiendo,
 Se abrió a la par en abrasados ríos,
 Que en rápido correr se abalanzaron,
 Y que las iras de los ojos míos
 Por mis mejillas pálidas y secas
 En tumulto y tropel precipitaron.

Lloré, lloré de espanto y amargura :
 Cuando el amor o el entusiasmo llora,
 Se siente a Dios, y se idolatra, y se ora.
 ¡ Cuando se llora como yo, se jura !

¡ Y yo juré ! Fué tal un juramento,
 ¡ Que si el fervor patriótico muriera,
 Si Dios puede morir, nuevo surgiera
 Al soplo arrebatado de su aliento !
 ¡ Tal fué, que si el honor y la venganza
 Y la indomable furia

Perdieran su poder y su pujanza ;
 Y el odio se extinguiese, y de la injuria
 Los recuerdos ardientes se extraviaran,
 De mi fiera promesa surgirían,
 Y con nuevo poder se levantarán,
 E indómita pujanza cobrarían !

Sobre un montón de cuerpos desgarrados
 Una legión de hienas desatada,
 Y rápida y hambrienta,
 Y de seres humanos avarienta,
 La sangre bebe y a los muertos mata.
 Hundiendo en el cadáver
 Sus garras cortadoras,
 Sepulta en las entrañas destrozadas
 La asquerosa cabeza ; dentro el pecho
 Los dientes hinca agudos, y con ciego,
 Horrible, movimiento se menea,
 Y despidiendo de los ojos fuego,
 Radiante de pavor, levanta luego
 La cabeza y el cuello en sangre tintos ;
 Al uno y otro lado,
 Sus miradas estúpidas pasea,
 Y de placer se encorva, y ruge, y salta,
 Y respirando el aire ensangrentado,
 Con bárbara delicia se recrea.
 ¡ Así sobre vosotros
 — Cadáveres vivientes,
 Esclavos tristes de malvadas gentes —,

Las hienas en legión se desataron,
 Y en respirar la sangre enrojecida
 Con bárbara fruición se recrearon !

Y así como la hiena desaparece
 Entre el montón de muertos,
 Y al cabo de un instante reaparece
 Ebria de gozo, en sangre reteñida,
 Y semeja que crece,
 Y muerde, y ruge, y rápida desgarrá,
 Y salta, y hunde la profunda garra
 En un cráneo saliente,
 Y, al fin, allí se para triunfadora,
 Rey del infierno en solio omnipotente,
 Así sobre tus restos mutilados,
 Así sobre los cráneos de tus hijos,
 ¡ Hecatombe inmortal, pusò sedienta,
 Despiadada legión garra sangrienta !
 ¡ Así con contemplarte se recrea !
 ¡ Así a la patria gloria te arrebatá !
 ¡ Así ruge, así goza, así te mata !
 ¡ Así se ceba en tí ! ¡ Maldita sea !

Pero, ¿ cómo mi espíritu exaltado,
 Y del horror en alas levantado,
 Súbito siente bienhechor consuelo ?
 ¿ Por qué espléndida luz se ha disipado
 La sombra infausta de tan negro duelo ?
 Ni ¿ qué divina mano me contiene,

Y sobre la cabeza del infame
Mi vengadora cólera detiene ?...

¡ Campa ! ¡ Bermúdez ! ¡ Alvarez ! Son
[ellos,

Pálido el rostro, plácido el semblante ;
¡ Horadadas las mismas vestiduras
Por los feroces dientes de la hiena !
¡ Ellos los que detienen mi justicia !
¡ Ellos los que perdonan a la fiera !
¡ Dejadme ¡ oh gloria ! que a mi vida arranque
Cuanto del mundo mísero recibe !
¡ Deja que vaya al mundo generoso,
Donde la vida del perdón se vive !

¡ Ellos son ! ¡ Ellos son ! Ellos me dicen
Que mi furor colérico suspenda,
Y me enseñan sus pechos traspasados,
Y sus heridas con amor bendicen,
Y sus cuerpos estrechan abrazados,
¡ Y favor por los déspotas imploran !
¡ Y siento ya sus besos en mi frente,
Y en mi rostro las lágrimas que lloran !

¡ Aquí están, aquí están ! En torno mío
se mueven y se agitan...

— ¡ Perdón !

— ¡ Perdón !

— ¿ Perdón para el impío ?

— ¡ Perdón ! ¡ Perdón ! — me gritan,
¡ Y en un mundo de ser se precipitan !

¡ Oh gloria, infausta suerte,
Si eso inmenso es morir, dadme la muerte !

— ¡ Perdón ! — ¡ Así dijeron
Para los que en la tierra abandonada
Sus restos esparcieron !
¡ Llanto para vosotros los de Iberia,
Hijos en la opresión y la venganza !
¡ Perdón ! ¡ Perdón, esclavos de miseria !
¡ Mártires que murieron, bienandanza !
La virgen sin honor del Occidente,
El removido suelo que os encubre
Golpea desolada con la frente,
Y al no hallar vuestros nombres en la tierra
Que más honor y más mancilla encierra,
Del vértigo fatal de la locura
Horrible presa ya, su vestidura
Rasga, y emprende la veloz carrera,
Y, mesando su ruda cabellera,
— ¡ Oh — dama — pavorosa sombra oscura !
¡ Un mármol les negué que los cubriera,
Y un mundo tienen ya por sepultura !
¡ Y más que un mundo, más ! Cuando se
En brazos de la patria agradecida, [muere
La muerte acaba, la prisión se rompe ;
¡ Empieza, al fin, con el morir, la vida !

¡ Oh, más que un mundo, más ! Cuando la
[gloria

A esta estrecha mansión nos arrebata,
El espíritu crece,
El cielo se abre, el mundo se dilata
Y en medio de los mundos se amanece.

¡ Déspota, mira aquí cómo tu ciego
Anhelos ansioso contra ti conspira :
Mira tu afán y tu impotencia, y luego
Ese cadáver que venciste mira,
Que murió con un himno en la garganta,
Que entre tus brazos mutilado expira
Y en brazos de la gloria se levanta !
No vacile tu mano vengadora ;
No te pare el que gime ni el que llora :
¡ Mata, déspota, mata !
¡ Para el que muere a tu furor impío,
El cielo se abre, el mundo se dilata !

Madrid, 1872.

MAGDALENA

I

Magdalena era pálida, y lloraba
Con dos ojos tan negros y tan bellos,
Que al antro su cabello envidia daba,
Y más negros los vi que sus cabellos.

Aurora y Magdalena se querían
Como quiere a las lágrimas la pena :
¡ Oh, benditos los bardos que pedían
Auroras para cada Magdalena !

La orfandad llora mucho, y lloró tanto
En aquella hermosura peregrina,
Que aquel pan que miraba con espanto
Tuvo siempre más lágrimas que harina.

Aquel cuello gentil se doblegaba,
Aquella alta cabeza no se erguía ;
Y en los valles el lirio sollozaba,
Y el nelumbo en los lagos se moría.

Hogar de caridad su seno abierto
A las miserias de la suerte tuvo,
Y, una vez el hogar amante muerto,
El seno de la triste al aire anduvo.

Y las miseras alas de un tejado,
Más que un hombre a las veces compasivo,
Cobijaron su cuerpo anonadado,
Muerto ya que solloza que está vivo.

Luz de amores al alma le faltaba,
Pan de cuerpo su boca no tenía ;
Y en los valles el lirio sollozaba,
Y el nelumbo en los lagos se moría.

II

Virgen era sin duda Magdalena,
Pero, de la miseria vil esposa,
El implacable viento de la pena
De su virginidad sacó la rosa.

¡ Cuántas almas infames y manchadas
En no tocados cuerpos cristalinos !
¡ Cuántas almas de virgen perfumadas
En cuerpos comerciados y mezquinos !

Hombre tuvo, que es hambre : pan y galas
El buitre le ofreció, galas muy bellas.
¡ Y la Vergüenza al fin abrió sus alas
Y a Magdalena cobijó con ellas !

¡ Con pan, pero sin luz, el nuevo día
En el jardín de sus primicias llora,
Y como tanto Aurora la quería,
En el ocaso aquel lloró la aurora !

Ida la noche, el Sol enamorado
Con sus rayos innúmeros calienta,
Pero una vez en el confín alzado
El sol del deshonor, más rayos cuenta.

Es rojo como sangre, sangre roja
Que en raudales escápase que espantan,
Y en cada gota que a la tierra arroja,
Un sauce y una lápida levantan.

¡ Oh concepto de honor ! ¡ Balanza dura
Que de un pan con el peso al mal se inclina,
Sin pensar que en la madre sepultura
Todo pan a la nada se avecina !

¡ Oh villano concepto, que así entiende
Que el hambre el nudo cuerpo no disculpa,
Y al cuerpo sin vestir ropas no tiende
Que aparten las miradas de la culpa !

¡ Oh honor convencional, que así rehusa
 Su mal de desnudez con brazo rudo,
 ¡ Sin pensar que a la tierra que lo acusa
 El cuerpo el Hacedor lanzó desnudo !

Nadie jamás inculpe a los sedientos
 Sin calmar con el agua sus afanes :
 Nadie inculpe jamás a los hambrientos
 Sino acabando de ofrecerles panes.

III

Y entonces, ya sin hambre, ¡ cuán distinta
 La triste y sin ventura Magdalena,
 Que aquella flor de su pasado pinta
 Tan hermosa, tan púdica, tan buena !

Uno más ; otro más . . . ¡ cuántos desmayos
 Del ángel del pudor ! ¡ Cuántos dolores
 De la flor de su ayer !, y ¡ cuántos rayos
 Del sol del deshonor sobre estas flores !

Mas, puesto que a través de los cristales
 Sin mancha suya, el Sol la alcoba llena,
 ¿ Quién sabe si — cristal y cuerpo iguales —
 Así cruza este sol por Magdalena ?

¿ Quién sabe si la mano que comprime,
 La miserable mano que la paga,
 No siente a veces un dolor sublime
 Que avvicina los bordes de su llaga ?

¿ Quién sabe en los placeres lo que llora ?
 ¿ Quién conoce la sangre en la sonrisa,
 Y el odio en el amor, y la dolora
 En el bullente fondo de la risa ?

¡ Bien lo sabe el que oyó — cuando hubo
 [impreso
 Su labio en otro labio, preguntando :
 ¿ Por qué lloras, mujer ? — ¡ Porque te beso !
 ¡ Oh, vil de mí ! ¡ Por eso estoy llorando !

¡ Y lloraba en verdad, y el que la oía,
 Sin darse cuenta de llorar, lloraba ;
 Y en los valles el lirio renacía,
 Y el nelumbo en los lagos despertaba !

IV

Mujer, y flor, y llanto se fecundan
 En hijos, en aroma, en musgo, en flores,
 Y el universo terrenal inundan
 Con la savia vital de los amores.

Por la ley de la tierra aquella altiva
 Doncella en oropéndola trocada,
 Estando muerta fecundó la viva
 Hermana encarnación de una alborada.

¡ Y vió de su belleza inextinguible
 Una niña surgir a tanto bella,
 Que allí la tierra vió cómo es posible
 Brotar de una oropéndola una estrella !

Yo no sé qué callados devaneos
 Sobre aquel corazón se columpiaron :
 No sé qué gallardísimos arreos
 Aquella alma de luz engalanaron ;

Pero sé que otra vez la infamia quiso
 Besar con besos de oro aquella boca,
 Y el miserable pagador, sumiso
 De la pagada al pie, ¡ perdón invoca !

Pero sé que en los ojos encendidos,
 Y en sus mejillas mismas encarnadas,
 Están todos los rayos redimidos
 Y las flores de ayer resucitadas.

V

Una cana cabeza, aquella misma
 Que al ser fecundador anima y mueve,
 En su conciencia el pensamiento anima
 Y en su vergüenza el corazón conmueve.

¡ Otro brazo ha estrechado su cintura !
 ¡ Otro labio ha besado aquella boca !
 ¡ Cuando yo la besé, no estaba pura !
 ¡ Cuando yo la besé, ya estaba loca !

Es tremendo un combate así gemido :
 Es horrible este diálogo, entablado
 A la luz de aquel ser que se ha encendido
 Con el oro fatal que se ha pagado.

VI

O la virtud redime, o la cabeza
 Cana ha alocado el corazón de un hombre ;
 Pero ya tiene un nombre la belleza
 Y la estrella gentil ya tiene un nombre.

Es rosa la oropéndola : aquel cuello
 Se alza brillante en redención, y lleva
 Del cano esposo el corazón tan bello,
 Un inefable amor de Magdalena.

Aquel amor espléndido escondido
 En el seno que al aire triste anduvo,
 Cuando, el hogar de caridad perdido,
 El ala de un tejado en sí la tuvo.

El amor que del alma se salía
 Cuando el horrible pan le fué brindado,
 Y más dentro del alma se escondía
 Por el peso del pan infame ahogado.

Y como tantas lágrimas cayeron
 Sobre el dormido amor, y tantas horas
 Sus pensamientos pálidos gimieron,
 Y durmió sobre él tantas auroras.

Aurora es el amor que, comprimido
 Por beso y pan, del vil comercio lejos,
 Ni ha llorado un instante envilecido,
 Ni doró con el oro sus reflejos.

Puro es el amor que, cuando el día
 La corporal vergüenza iluminaba,
 En sus ensueños púdicos dormía,
 Y en el fondo del alma entresoñaba.

Al noble corazón animan flores ;
 La nieve paternal de luces llena
 Una mujer con púdicos amores ;
 ¿ Es buena, es mala, es pura, Magdalena ?

México, 17 de marzo de 1875.

SIN AMORES

Amada, adiós. En horas de ventura
 Mi mano habló de amores con tu mano :
 Amarte quise, ¡ oh ánima sin cura
 Ni derecho al amor ! Para tu hermano
 Aun sobra altivo entre mis venas fuego,
 Y para amarte, apenas
 La sangre bulle en mis dormidas venas.

¡ Oh, yo no sé ! La tarde enajenada
 En que al mirarnos, de una vez nos vimos,
 Amado me sentí, tú fuiste amada,
 Y callamos, y todo lo dijimos.
 Después, ¿ lo sabes tú ? Vuelta del sueño,
 El alma en su descanso sorprendida,
 Alzóse en mí contra el gallardo dueño
 Por la temprana esclavitud herida ;
 Y mísera, y llorando,
 Esta infeliz de amores se me muere,
 Y por lo mismo que la estás amando,
 Por lo mismo esta loca no te quiere.

¡ Oh ! No me pidas que comprima el llanto
 De soledad que ante tus ojos vierto.
 Si solo estoy, de mi orfandad me espanto,
 Pero a mentir, ni para amarte acierto.

Y llorarás : yo sé cómo pusiste
 En el soñado altar tempranas flores.
 Y triste quedas, pero yo más triste
 De amores vivo y muerto sin amores.

Amarte quise. Peregrino ciego
 Yo sé el amor al cabo del camino,
 Mas ¡ cómo en tanto devorando el fuego
 El alma va del pobre peregrino !

Engaño, infamia. Si en tu amor pusiera
 Un punto solo de una vil mentira,
 Vergüenza al punto de mentir rompiera
 La cuerda audaz de la cobarde lira.

Si brusco soy, si de soberbia herido,
 Te hiero a ti, ni mi perdón te imploro.
 Vencí otra vez ; yo quiero ser vencido,
 Y en busca aquí de quien me venza, lloro.

¡ Perdón, perdón ! Yo puse en mis miradas
 El fuego extraño de la patria mía,
 Allá donde la vida en alboradas
 Perpetuas se abre al palpar del día.

¡ Perdón ! No supe que una vez surcado
 Un corazón por el amor de un hombre,
 Ido el amor, el seno ensangrentado
 Doliendo queda de un dolor sin nombre.

¡ Perdón, perdón ! Porque en aquel ins-
 [tante

En que quise soñar que te quería,
 Olvidé por tu mal que cada amante
 Pone en el corazón su gota fría,

Y si es verdad que, de su bien cansado,
 No te ama ya mi corazón, perdona,
 En gracia al menos por haberte amado,
 Este adiós que a la nada me abandona.

¡ Oh, pobre ánima mía,
 Quemada al fuego de su propio día !

México, 17 de abril de 1875.

A ENRIQUE GUASP DE PERIS

Surcando el mar, pidiendo a las inquietas
olas del Golfo espacio y albedrío,
al par llegamos, tú con tus poetas,
yo con el mal de un alma en el vacío.

Los dos trajimos a esta tierra bella
un sueño y un amor, algo de canto
en la voz juvenil, y algo de estrella
de gloria para ti, y en mí de espanto.

Cantor y actor son formas encarnadas
de tan íntimo ser, que el uno brilla
con el fuego del otro ; así enlazadas
mis palmas vi con tu feraz Castilla.

Joven tú, joven yo, los dos lejanos
de una tierra feliz, presto supimos
cuán pronto enlaza el corazón hermanos
llorando al par la tierra que perdimos.

Tú esperas. Yo no espero. Tú confías
en porvenir mejor ; yo miro al cielo ;
han de venir los venturosos días
de espacio claro y de incansable vuelo.

Hombre en la tierra, mi deber concibo ;
nadie hará más : luchando como bueno,
yo arrastro el muerto, semejando un vivo,
y espero el fin, indómito y sereno.

Tú, tú marchas. Andar es la victoria,
andar dejando por la tierra huellas ;
aun tiene auroras la soberbia Gloria ;
el manto de la Fama aun tiene estrellas.

Sube sin miedo, y si su rostro airado
el cielo a tu soberbia da en castigo,
ven sin temor : tu marcha no ha cesado ;
caerás en brazos de tu amante amigo.

México, 18 de marzo de 1876.

MUERTO

¡Espíritu, a soñar ! ¡Soñando, crece
La eternidad en ti, Dios en la altura !

El Cielo y el Infierno
Hermanos son, hermanos en lo eterno :
¡ Sobre la Eternidad yo me levante,
En la savia vital mi fuego encienda,
Todo a mi lado resplandezca y cante,
A mis plantas lo ilímite se extienda,
Y cuanto el Sol alumbraba y cubre el cielo
Cantares traiga aquí para este duelo !

¿ Quién sabe cuándo ha sido ?
¿ Quién piensa que él ha muerto ?
¡ Desde que aquel cadáver ha vivido,
El Universo todo está despierto !
Y desde que a la luz de aquella frente
Su seno abrió la madre Galilea,
Cadáver no hay que bajo el Sol no aliente
Y eterno vivo en el sepulcro sea.

¡ El cavó las atmósferas dormidas ;
El contrajo los miembros fatigados ;
En haz de luces concentró las idas
Mieses descoloridas

De los campos del hombre abandonados ;
Ungiólo en fuego, lo esparció por tierra,
Durmió sobre él, y redimió la Tierra !

¡ Hermano, hermano fuerte !
¡ Oh padre, padre altivo,
Que adivinó las vidas de la muerte
Y eternamente resplandece vivo !
¡ Oh padre, que se sienta
Donde el Sol de los mundos se calienta !
¡ Oh sol que no anochece !
¡ Ojos de amor que eternamente lloran !

Fuego de paz que eternamente crece ;
Brazos que al mundo por el mundo imploran,
Cuando a un mísero golpe de su planta
En polvo hiera el mundo que levanta,
El hombre en que moriste,
La cruz en que te hollaron,
La madre en que gemiste,
Y el sol que con tu muerte iluminaron,
¡ Ni hombre, ni cruz, ni sol, ni madre
[fueron !

Abandonado al Génesis dormía,
Y el Universo entero se moría,
Y los besos del Génesis surgieron.

Y si de tantas lágrimas lloradas
Algo quedó en la tierra estremecida,

Las de la madre fueron, derramadas
 Como en la tumba hundida
 Los postrimeros cantos de la vida.
 ¡ Oh llanto de una madre, nueva aurora
 Que el agotado aliento resucita
 En que todo el espíritu se llora
 Y todo el fuego redentor palpita !
 ¡ Si el Génesis muriera,
 Si todo se acabara,
 El llanto de una madre vivo fuera,
 Y porque el hijo por quien llora viera,
 La nada con el hijo fecundara !

¡ Oh madre, mi María !
 Porque hubieran tus labios de mi boca
 El beso postrimer, y la sombría
 Existencia fatal que el polvo invoca
 No sintiese el horror de tu agonía,
 ¡ Oh, madre ! aquí en la Tierra,
 En la cárcel imbécil que me encierra,
 Devorando mis miembros viviría !

¡ Aquél ! Fué grande Aquél ; pero en
 [la cima
 De la grandeza paternal no hay monte
 Que de dolor de pequeñez no gima,
 Ni hay rayos en el Sol, ni hay horizonte
 Que de besar sus huellas se levante,
 Ni mar que no murmure,

Ni labio que no jure,
 Ni mundo que no cante.
 Hay cantos para ti : canta el mezquino
 Ser de la tierra el oro y el palacio,
 Y a ti, padre divino,
 ¡ El mundo entona el canto del espacio !

Un leño se cruzó con otro leño ;
 Un cadáver—Jesús—hundió la arcilla,
 Y al resplandor espléndido de un sueño,
 Cayó en tierra del mundo la rodilla.

¡ Un siglo acaba, nace otra centuria,
 Y el hombre de la cruz canta abrazado,
 Y sobre el vil cadáver de la Injuria,
 El Universo adora arrodillado !

México, 23 de marzo de 1875.

ALFREDO

I

Alfredo : ¡ qué abundante cabellera
Sobre la franca sien llevó extendida,
Todo el tiempo de mal y lucha fiera
Que sollozando anduvo por la vida !

Plazas, calles, paseos, vagabundo,
La frente al aire, el caminar tardío,
Aquel ocioso espíritu en profundo
Trabajo andaba, lleno de vacío.

Clavado en sí, su cuerpo lo encerraba
Como la niebla al sol que lucha en vano
Por penetrar la nebulosa traba
Que rayos roba al mundo del humano.

Ora en Alfredo alzábase tormenta,
O en suaves ondas como en lago terso,
El aire blando el suave rizo aumenta
De su alma en el espacio, un alma en verso.

II

Alfredo : bravo mozo ; aquel gallardo
De frente franca y de soberbio cuello,
Ocioso eterno, caminante tardo,
Galán, amable, soñador y bello :

Perenne triste, que con mano abierta
Llorando daba gozos y alegrías,
Y va dormido, y ante sí despierta
De su lecho de afán las Simpatías ;

Maniático doncel. Mesaba loca
De hambre sus trenzas Dalia la indigente,
Y quiso Dalia besos de su boca,
Y Alfredo puso besos en su frente ;

Y donde hallaba de la carne fría
Montón infame que a la carne amaba,
Blanco montón de espíritu ponía
Que la masa bestial iluminaba.

Era raro, en verdad, aquel Alfredo ;
Y como al punto cautivó mi asombro,
Palpéle yo, miréle, y vi con miedo
Sangre inmortal manándole de un hombro.

Y por calles y plazas y paseos,
La frente al aire y hacia atrás los brazos,
La mano daba a hermosos devaneos,
Y a su adorada Eternidad abrazos.

Sentóse al fin; del apacible río
Las suaves ondas comparó con calma:
¿Quién sabe, dijo, si a mi ser vacío,
Cual onda a ti, refrescará algún alma?

Hincó rodillas, abatió la frente,
Mojó en las aguas claras sus cabellos,
Y suspiró de amores la corriente
Y al joven inmortal besó con ellos.

— « ¡ Mujer...! » — Y a la palabra que decía,
Todo arbusto de flores se llenaba,
Y hasta un rayo de luna se ponía
Sobre la cabellera que flotaba.

— « ¡ Mujer...! » — Yo he visto un pá-
jaro perdido
Llegar, volver sobre aquel tronco abierto,
Y el tronco solo, y sin su dueña el nido,
Plegar las alas y extenderse muerto.

— « ¡ Mujer... » — Yo vi canoso pasajero,
Sangrando el pie, la espalda flagelada,
La tierra abrir, balbucear « ¡ yo muero ! »
Tenderse en tierra, y terminar jornada.

— « ¡ Mujer...! » — Y el viento a la
[negruzca.

De las fatales playas de la vida,
Colgó de los cabellos a una loca
Y está por los cabellos suspendida.

¡ El alma así de Alfredo vagabundo !
Loca en la playa, pájaro en el tronco,
Viajero herido por el ancho mundo,
Niebla y sol, noche y luz, gemido bronco.

IV

— « ¡ Mujer, mujer, en vano es que la vida,
Sin ti vertiendo sangre de dolores,
Como una virgen pálida y herida,
La tierra cruce deshojando flores !

En vano, en vano que la vida entienda
La abrasadora lengua de los sabios,
Sin que este pobre corazón encienda
El lenguaje de amor vivo en tus labios.

En vano, en vano que la vida loca
Contemple en sí cadáveres impresos,
Mientras sin voluntad el alma invoca
El fuego redendor que arde en tus besos.

Cuanto fui, cuanto soy, cuanto se encierra
En esta alma en la tierra encadenada,
Que rota por el peso de la tierra
Sin vivir ni morir vive enclavada ;

Cuando en mis horas de mayor locura
Un Dios esclavo dentro mí germina,
Y rompe el alma con audaz bravura
Su forma vil, su esclavitud mezquina ;

¡ Todo por el amor que la corriente
Del agua puso en mi cabello impreso !
¡ Todo ! oh mujer ! porque en la herida frente
Amor me digas y me des un beso ! »

Y por la orilla y calles solitarias,
La frente al aire y ojos en la tierra,
Lloró lamentos, sollozó plegarias,
Buscó mujeres, y lo hallado aterra.

V

— « ¡ Tú, miserable, porque en ti avarientos
Los ojos puse de codicia rojos,
Carne pusiste, infame, en mis lamentos,
Movable carne ante mis pobres ojos !

¿ Pensaste vil en que yo vil te amara ?
¡ Aparta, fango ; mas de mí tan lejos,
Que, si yo fuera el Sol, no te llegara
Ni la pálida luz de mis reflejos !

Y tú, menguada ; mísera ovejilla
Que acudiste a mi impúdico reclamo,
Y besaste diez veces mi mejilla,
Y dijiste cien veces « ¡ yo te amo ! » ;

Para los flacos en la dicha es tarde.
Flaqueza agravia y págate en agravios :
¡ Lejos de mí, la oveja que cobarde
Prodiga besos y corrompe labios !

Aquella, la alba virgen, la que muere
De ansia de amor, y morir más desea,
¿ Qué busca ? ¿ qué me llama ? ¿ qué me
[quiere ?
¡ No ha derecho al amor la mujer fea !

La ajena, la maldita, la casada,
¿ Qué quiso en mí la miserable un día,
Allí en el goce impuro revolcada
Donde el esposo mísero dormía ?

¡ Horror, horror ! ¡ La mancha de aquel beso
Que entre los labios me dejó la fiera,
Ha de quedar sobre mi labio impreso
Como marca de oprobio, aunque me muera !

¡Y, yo dormido, a sacudirme el dueño
Vendrá, con la casada de la mano,
Y se revolcará sobre mi sueño,
Como sobre él me revolqué inhumano ! »

Llorando Alfredo, conteniendo apenas
El pobre corazón que se rompía,
Fuése a regar con llanto las serenas
Ondas del agua que besara un día.

VI

— « ¡ Oh loca, oh cruel, oh plácida
[corriente,
Que con el sueño aquel de tus amores
Me diste un beso en la tranquila frente
Que me duele con todos los dolores !

¡ Oh imagen de amor que un alma viva
Halló a su nombre pálida y despierta,
Y tinta en sangre y de su mal cautiva,
Llorando vuelve un alma medio muerta !

¡ Oh margen pura de la verde orilla
Donde, al amor de la mujer alzada,
El crimen vuelve corva la rodilla
Y la maldita frente avergonzada !

¡ Oh madre blanda porque el agua pura
Cantando corre y apacible ondea :
Un beso dame al ánima sin cura
Que punto y gloria de mis culpas sea !

¡ Perdón, perdón, corrientes de este río !
¡ Perdón, perdón, oh luz de esta ribera !
¡ Arbustos que crecéis en torno mío !
¡ Ondas que refrescáis mi cabellera !

Beso me disteis del amor proscrito
Que en fango traigo sobre el alma impreso ;
Pues fué para vivir beso maldito,
Para vivir mejor dadme otro beso ! »

Calló el gimiente, se extendió en la onda,
Eco de un beso resonó en el río,
Y « ¡ Alfredo ! » ... clamó, sin que allí
[responda
Mas que otro beso al llamamiento mío.

MARIA (*)

Esa que ves, la del amor dormido
En la mirada espléndida y suave,
Es un jazmín de Arabia comprimido
En voz de cielo y en contorno de ave.

La rubia Adela, en cuya trenza dora
Su rayo el Sol, del brazo de María
Copia es feliz de Ruth la espigadora
Ciñendo el talle a la arrogante Lía.

Caricia — más que acento — su palabra,
Si los jardines de su boca mueve,
Temores da de que sus alas abra
Y al Padre Cielo su alma blanca lleve.

Si en la fiesta teatral — corrido el velo —
Desciende la revuelta escalinata,
Su pie semeja cisne pequeñuelo
Que el seno muestra de luciente plata.

(*) A la Srta. María García Granada, « La Niña de Guatemala » de los Versos Sencillos.

Siervo si sigue el tenue paso blando
De la bíblica virgen hechicera,
Y leyes dicta, si, la frente alzando,
Echa hacia atrás la negra cabellera.

Quisiera el bardo, cuando al sol la mece,
Colgarle al cuello esclavos los amores ;
¡ Si se yergue de súbito, parece
Que la tierra se va a cubrir de flores !

¡ Oh ! Cada vez que a la mujer hermosa
Con fraternal amor habla el proscrito,
Duerme soñando en la palmera airosa,
Novia del Sol en el ardiente Egipto.

A ROSARIO ACUÑA

(POETISA CUBANA, AUTORA DEL DRAMA « RIENZI EL TRIBUNO », LAUREADO EN MADRID)

Espíritu de llama,
Del Cauto arrebatado a la corriente,
Ansioso de aire, libertad y fama ;
Espíritu de amor, trópico ardiente ;
De Anáhuac portentoso
Oye el aplauso que en mi voz te envía
Al hispánico pueblo, el más hermoso
Que mares ciñen y grandezas cría.
Mas ¿ cómo no te dueles,
¡ Oh poetisa gentil !, de que en extraña
Tierra enemiga te ornen los laureles
Amarillos y pálidos de España,
Si en tu patria de amor te esperan fieles
Y el odio allí su brillantez no empaña ?
¿ Cómo, cuando Madrid te coronaba,
Hija sublime de la ardiente zona,
Sin Cuba allí, no viste que faltaba
A tu cabeza la mejor corona ?
¡ Ay ! cuando entre tus manos,
Albas y juveniles,

Sin el beso de amor de tus hermanos,
Sembradoras de mayos y de abriles,
La corona española brilla y rueda,
¿ No se yergue ante ti, sombra de espanto,
Pecadora inmortal, nube de llanto,
La sombra de la augusta Avellaneda ?
Y de Orgaz el potente, ¿ la olvidada
Memoria no te humilla,
Castigo digno de su lira hollada,
Alma de Heredia que encarnó en Zorrilla ?
¡ Que el canto estalla ! ¡ Que la voz
[del bardo
Gloria pidiendo, el ánimo conturba,
También estalla en mí ; yo también ardo !
¡ Mas si en mar de los olvidos bogo
Y aire de sombra el alma me perturba,
Los turbulentos cánticos ahogo,
Y al hierro vuelve la domada turba !
No hay gloria, no hay pasión ; el mismo
La libertad espléndida es mentira, [cielo,
Si se la goza en extranjero suelo,
Y con aire prestado
Y llanto avergonzado,
Huésped se llora ¡ siervo se respira !
— ¿ Qué hace el cantor ?
— ¡ Cantar, mas de manera
Que hermano el canto de la heroica hazaña,
Prez de la tierra que mancilla España,
Con su laúd sobre la espada muera !

Y tú, mujer, y yo — desventurado
 Con alma de mujer varón formado,
 ¡Perdónemelo Dios! porque a mis bríos
 Con su miseria el hálito han cortado
 Viejos y niños, carne y huesos míos.
 ¿Qué hacer cuando en el alma se agiganta
 La divina ambición?... ¡Patria divina!
 Y ¿lo pregunto yo? ¡Vida mezquina
 La que alienta la voz en la garganta!
 ¡Callar! Este es un canto
 De voz de mártir, de celeste duelo,
 Y si el cielo es verdad, en sacro espanto
 Me encumbrará de mi canción al cielo;
 Mas si al ánimo vil, de vil tributo
 Siervo, no basta en el hogar de luto
 Este silencio pálido y benigno,
 Calle su voz, de los infiernos fruto:
 ¡Morir! Esto es más digno.
 ¡Morir! ¡Qué gran valor! Cuando pudiera
 Robusto el brazo encadenar la gloria,
 Y en la patria bandera
 Trocar la estrella en sol de la victoria,
 Escribir lentamente en extranjera
 Tierra una débil y cobarde historia;
 Y sentir aquel sol que arrancaría
 De la melena del rugiente hispano
 Por dar con él la brillantez del día
 A mi adorado pabellón cubano;
 Y andar, cuerpo viviente,

Entre un pueblo a este mal indiferente;
 Y decir sin cesar este delirio
 Es un canto que el labio nunca entona.
 ¿Qué más, qué más laurel? ¿Cuándo el
 [martirio
 No fué en la frente la mejor corona?
 ¿Quién pide gloria al enemigo hispano?
 No lleve el que la pida el patrio nombre
 Ni le salude nunca honrada mano;
 El que los ojos vuelva hacia el tirano,
 Nueva estatua de sal al mundo asombre.
 ¿Qué plátano sonante,
 Qué palma cimbradora,
 Qué dulce piña de oro
 Al cierzo burgalés aroma dieron,
 Ni en castellana tierra florecieron?
 ¿Quién vió imagen del Cauto rumoroso,
 De ondas sonoras de movable plata,
 En el mísero Duero rencoroso,
 Que entre rudos guijarros se desata?
 Allá, Rosario, el alma se acongoja,
 El cuerpo se entumece,
 Cubre la tierra helada la amarilla
 Veste que el árbol moribundo arroja,
 En la noche invernal nunca amanece,
 Y la blanca y morada *maravilla*
 Que la niñez ornó tu faz sencilla,
 Púdica y débil, de temor no crece.
 ¿Tú, apretada en el pecho del invierno,

Ardiente hermana mía ?
 ¿ Tú, presa en tierra fría,
 Hija de tierra del calor eterno ?
 ¿ Y el puerto del Caney hogar paterno
 Te dió, y amante halago,
 Dulcísima caricia,
 Y truecas a tu plácido Santiago
 Por el rudo Santiago de Galicia ?
 Y llanos vastos de nevada espuma
 Qué el alma tropical mira oprimida,
 Y ¡ tú en aquellos llanos, blanca pluma
 En los ingratos témpanos perdida !
 ¡ Oh, vuelve, cisne blanco,
 Paloma peregrina,
 Real garza voladora ;
 Vuelve, tórtola parda,
 A la tierra do nunca el Sol declina,
 La tierra donde todo se enamora ;
 Vuelve a Cuba, mi tórtola gallarda !
 Y si funesto azar lauros te ofrece,
 Plácidos para ti, y en calma queda
 La corona en tu mano, y reverdece,
 Piensa ¡ oh poetisa ! que ese lauro crece
 En la tumba de Orgaz y Avellaneda.
 Si la cándida garza peregrina
 De amarillo color el albo seno
 En hora aciaga tiñe ;
 Si lauros nuevos a su frente ciñe,
 Nueva Gertrudis y fatal Corina,

Piensa que el árbol que en el patrio suelo
 El amplio tronco distendió robusto
 Y en las hinchadas venas sangre hervía,
 Hallará a su traición castigo justo,
 Si otro sol y otra sangre torpe ansía ;
 Que el lauro envenenado
 En la sangre de hermanos empapado,
 En la frente del vil que lo ciñera
 La deshonra en espinas trocaría ;
 Que muere triste en la Germania fría
 Golondrina del Africa viajera.
 Y si en su frente, seno poderoso
 De los rayos del Sol, la vanagloria
 Tendido hubiera manto luctuoso ;
 Si nuevo lauro España le ciñera,
 Y la espina del lauro no sintiera ;
 Si pluguiese a sus fáciles oídos
 Cuanto de amor que no es amor cubano,
 Y junto a sus laureles corrompidos
 El cadáver no viese de un hermano,
 ¡ Arroje de su frente,
 Porque no es suyo, nuestro sol ardiente !
 ¡ Devuélvanos su gloria,
 Página hurtada de la patria historia !
 Y ¡ arranca, oh patria, arranca
 De su seno infeliz el ser perjuro,
 Que no es tórtola ya, ni cisne puro,
 Ni garza regia, ni paloma blanca !

PATRIA Y MUJER

¡ Otra vez en mi vida el importuno
Suspiro del amor, cual si cupiera,
Triste la patria, pensamiento alguno
Que al patrio suelo en lágrimas no fuera !

¡ Otra vez el convite enamorado
De un seno de mujer, nido de perlas,
Bajo blando sutil aprisionado
Que las enseña más con recogerlas !

¡ De nuevo el pecho que el amor levanta
De suave afán y de promesas lleno,
De nuevo resbalando en la garganta
Ondas de nácar sobre el niveo seno !

Y ¿ con qué corazón, mujer sencilla,
Esperas tú que mi dolor te quiera ?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
Pero lejos de aquí mi alma me espera.

Dolor de patria este dolor se nombra ;
Cuerpo soy yo que mi orfandad paseo :
Reflejo, cárcel, vestidura, sombra,
De un alma esquiva fatigado arreo.

Miente mi labio si se acerca al tuyo ;
Mienten mis ojos si de amor te miran ;
De mujeril amor mis fuerzas huyo ;
En incorpórea agitación se inspiran.

Amo yo más el árbol que sombrea
La tumba incierta del guerrero hermano,
Que ese nido de perlas que hermosea
Blonda más débil que tu amor liviano.

Allá, cuando se muere, todavía
Vive el que yace abandonado y muerto ;
Le habla la tierra que lo cubre ; el día
Le dice los murmullos del desierto.

Le cuenta el triunfo de la patria amada ;
La habla del brillo de la patria estrella ;
Y cubierto de tierra aprisionada,
Se siente el muerto palpitar bajo ella.

Que el patrio amor las piedras abrillanta,
La tierra anima, el tronco añoso mueve,
Por agua pisa, a Lázaro levanta,
Y sombras y cadáveres conmueve.

La vida es inmortal : allí se acaba
El cuerpo que luchó por patria y gloria,
Y el vivo que se va, vivo se graba
De la adorada patria en la memoria.

Y brillarán los soles de fortuna,
Y besarán los aires nuestras palmas,
Y en cada copa mecerá una cuna
El invisible genio de las almas.

Sus cuerdas una la robusta lira,
Y el corazón sus átomos perdidos ;
A un solo amor mi corazón aspira ;
Para un solo dolor guarda latidos.

De imagen de mujer memorias pierda,
Que es poco un cuerpo cuando el alma es tanta :
Ni en alma ni en laúd hay ya más cuerda,
Que la del sueño que la patria canta.

Si tanto bien a mi fortuna espera,
Que al cabo libre hasta mi patria vuelo,
¡ De cuánto sol se llenará la esfera !
¡ De cuánto azul se llenará mi cielo !

Y si, más mártir que cobarde, libro
Tanta amargura, de aquel sol lejano
Mártir, más que cobarde, aquí lo adoro ;
¡ Atada está, no tímida, mi mano !

Este cuerpo gentil rebosa vida,
Y cada árbol allá cobija un muerto ;
A todo goce esta mujer convida,
A toda soledad aquel desierto.

Coral, cobija perlas de su boca ;
Mórbidas ondas ciñen su garganta ;
Y escondido en el pecho, a amar provoca
Angel que con sus alas no levanta.

Mas cuando con amor de patria lleno
Mi alma, que para amarla ensancharía,
¿ Entre blonda sutil perlado seno,
Cárceles brinda al alma ansiosa mía ?

No habla de amor mi corazón que late ;
Cuando en mi corazón hay un latido,
Es que me anuncia que en algún combate
Un héroe de la patria ha perecido.

Herida no hay allí que yo no sienta,
Ni golpe el hierro da que no responda ;
Sagrado horror mi corazón alienta ;
Honda herida hace el vil ; mi alma se esconda.

Truéqueme en polvo, extíngase este brío
En fatales vergüenzas empleado ;
Todo habrá muerto ; mas en torno mío,
Este amor inmortal no habrá acabado.

Pero en vano si el polvo en la memoria
Imágenes de muerte me desliza ;
Del fuego y del calor de aquella gloria,
No merezco yo más que la ceniza.

Y pues que pude, miserable reo,
 A tal voz de dolor callar contrito,
 ¡ Ceniza sobre el débil fariseo !
 ¡ Voces de compasión para el proscrito !

Habana, 1879.

DOLORA GRIEGA

— ¿ De qué estás triste ?

— De amor.

— ¿ Por quién ?

— Por cierta doncella.

— ¿ Muy bella, pues ?

— ¡ Pues muy bella !

Estoy muy triste de amor.

— ¿ Dónde la hallaste ?

— La hallé

En una gruta florida.

— ¿ Y está vencida ?

— Vencida ;

La adulé, la regalé.

— Y ¿ para cuándo, ¡ oh galán !

Valiente galán de todas,

¿ Para cuándo son las bodas ?

— Pues las bodas no serán.

Y estoy de pesar que muero,

Y la doncella es muy bella ;

Pero mi linda doncella

No tiene un centavo entero.

— ¿ Y estás muy triste de amor,

Galán cobarde y sin seso ?

Amor, menguado, no es eso :

Amor cuerdo no es amor.

En estas pálidas tierras,
¡ Oh niña!, en silencio muero.
Como la queja deshonra,
Yo no me quejo.

Del mutuo amor de los hombres,
El magnífico concierto
De la pasión — nuestra vida —
No escucho el eco.

Como una bestia encorvada,
A un yugo vil, aro, y ruego,
Y como un águila herida
Muero en silencio.

1884.

Y a ti ¿ qué te traeré ? No las punzantes
Lágrimas que, del pecho en que ora brilla
El sol al cabo, huéspedes constantes,
Nunca dejaron sola mi mejilla.

¿ Qué te traeré ? No flores, niño amado.
¿ Donde, ¡ oh triste de mí ! la florecida
Rama hallaré, si viven a tu lado
¡ Ay! las únicas flores de mi vida ?

Decidme, ¡ oh mayo, oh nuevo sol, oh
[amigos !

¿ A aquel lirio del valle, a aquella mía
Pálida estrella — ¡ oh de mí mal testigos
Y de cuánto lloré ! — qué llevaría ?

La tierra toda, ya en verdor se extienda,
Ya el Sol la dore, en su alto trono fijo,
No tiene oro ni flor, no tiene ofrenda
Digna de un padre al túmulo de un hijo.

¡ Oh lindo sol, oh bianda luz, oh palma
De un valle triste ! ¡ Vuelve a ser testigo
De esta resurrección ! ¡ Te traigo tu alma,
Que desde el vuelo alzó, vive conmigo !

1884.

CESTO DE MIMBRES (*)

Tengo junto a mi mesa un cestecillo
De mimbre de un mimbral muy afamado,
No, cual otros, con cintas y adornado,
Sino, cual yo, sin lazos y sencillo.

Cuanto me cansa o sobra encuentra puesto
En mi cesto de mimbre : allí va cuanto
Me indigna o me repugna o causa espanto :
¡ Cartas necias y fe, todo va al cesto !

Pero tengo en el pecho, entretejido
Como en la tierra una raíz, un triste
Amor que todo el pecho me ha comido,
Y que a entrar en el cesto se resiste.

(*) Publicado en la « Revista Mercantil », de Nueva York, con la firma de Julián Pérez, segundo nombre y apellido del Maestro (*Nota de la edición Quesada.*)

Con la Primavera

Vuelve el verso alado :

¿ Qué hará mi corazón, que amar no quiera,
Si le asalta el amor por el costado ?

Hará lo que hace el cielo

Cuando el fuego lo abrasa :

Brillará como bóveda encendida
Hasta que el fuego pase : ¡ todo pasa !

CARMEN

El infeliz que la manera ignore
De alzarse bien y caminar con brío,
De una virgen celeste se enamore
Y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
Su hogar alzado por mi mano ; envidio
Su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
El torpe amor de Tíbulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa,
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.

Tiene este amor las lánguidas blancuras
De un lirio de San Juan, y una insensata
Potencia de creación, que en las alturas
Mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
El germen de la fuerza y el del fuego,
Y griego en la beldad, odia y reprueba
La veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
Despierta, rima en noche solitaria
Estos versos de amor ; versos de pena.
Rimó otra vez, se irguió la pasionaria.

De amor al fin ; aunque la noche llegue
A cerrar en sus pétalos la vida,
No hay miedo ya de que en la sombra plegue
Su tallo audaz la pasionaria erguida.

DE " LA EDAD DE ORO "

1889.

LOS ZAPATICOS DE ROSA

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir a estrenar
Su sombrerito de pluma.

— « ¡ Vaya la niña divina ! »
Dice el padre, y le da un beso.

— « ¡ Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina ! »

— « Yo voy con mi niña hermosa » —
Le dijo la madre buena.
« ¡ No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa ! »

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel :
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

233

Ella va de todo juego,
Con aro, balde y paleta.
El balde es color violeta ;
El aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar :
Nadie quiere verlas ir :
La madre se echa a reír,
Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
A Pilar, que viene y va
Muy oronda : « Di, mamá :
¿ Tú sabes qué cosa es reina ? »

Y por si vuelven de noche
De la orilla de la mar,
Para la madre y Pilar
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda :
Todo el mundo está en la playa :
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote a la mar.

¡ Y qué mala, Magdalena,
Con tantas cintas y lazos,
A la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena !

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores,
Las señoras, como flores,
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar :
¡ Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos !

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá :
— « ¡ Mamá, yo voy a ser buena ;
Déjame ir sola a la arena :
Allá, tú me ves, allá ! »

— « ¡ Esta niña caprichosa !
No hay tarde que no me enojés :
Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa. »

Le llega a los pies la espuma :
Gritan alegres las dos :
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡ Se va allá, donde ¡ muy lejos !
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos !

Se fué la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el Sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar ; ¿ qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
Con la cabecita baja ?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar ;
— « ¿ Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa ?

— « ¡ Ah, loca ! ¿ en dónde estarán ?
¡ Di, dónde, Pilar ! » — « Señora —
Dice una mujer que llora —,
¡ Están conmigo : aquí están ! »

— « Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto oscuro,
Y la traigo al aire puro
A ver el Sol, y a que duerma.

« Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto :
Me dió miedo, me dió espanto,
Y la traje, y se durmió.

« Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando ;
Y yo mirando, mirando
Sus piecitos desnudos.

« Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.

« ¡ Se parece a los retratos
Tu niña » — dijo —. « ¿ Es de cera ?
¿ Quiere jugar ? ¡ Si quisiera !...
¿ Y por qué está sin zapatos ?

— « Mira : ¡ la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos !
¡ Oh, toma, toma los míos ;
Yo tengo más en mi casa ! »

« No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después :
¡ Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa ! »

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa ;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos.
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora :
¡ No quiere saber que llora
De pobreza una mujer !

— « ¡ Sí, Pilar, dáselo ! ¡ Y eso
También ! ¡ Tu manta ! ¡ Tu anillo !
Y ella le dió su bolsillo :
Le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín,
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

CADA UNO A SU OFICIO

*Fábula nueva del filósofo
norteamericano Emerson.*

La montaña y la ardilla
Tuvieron su querella :
— « ¡ Váyase usted allá, presumidilla ! »
Dijo con furia aquélla.
A lo que respondió la astuta ardilla :
— « Sí que es muy grande usted, muy grande
[y bella ;

Mas de todas las cosas y estaciones
Hay que poner en junto las porciones
Para formar, señora vocinglera,
Un año y una esfera.
Yo no sé que me ponga nadie tilde
Por ocupar un puesto tan humilde.
Si no soy yo tamaña
Como usted, mi señora la montaña,
Usted no es tan pequeña
Como yo, ni a gimnástica me enseña.
Yo negar no imagino
Que es para las ardillas buen camino
Su magnífica falda.
Difieren los talentos a las veces :
Ni yo llevo los bosques a la espalda
Ni usted puede, señora, cascar nueces. »

LOS DOS PRINCIPES

Idea de la poetisa
norteamericana Helen Hunt Jackson.

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver :
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey :
los señores del palacio,
están llorando también.
Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés ;
los caballos no han comido,
porque no quieren comer :
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez :
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.
— ¡ El hijo del rey se ha muerto !
¡ Se le ha muerto el hijo al rey !

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor ;
la pastora está diciendo :
« ¿ por qué tiene luz el Sol ? »
Las ovejas, cabizbajas,
vienen todas al portón :
¡ una caja larga y honda
está forrando el pastor !
Entra y sale un perro triste ;
canta allá dentro una voz :
« ¡ Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló ! »
El pastor coge llorando
la pala y el azadón :
abre en la tierra una fosa ;
echa en la fosa una flor.
— ¡ Se quedó el pastor sin hijo !
¡ Murió el hijo del pastor !

VERSOS ESCRITOS
EN ALBUMES

DESDE LA CRUZ

A LA SRTA. VIRGINIA OJEA

Niña, como las flores del naranjo
Blanca y sencilla :
¿ Sabes tal vez lo que en la mar humana
Será tu vida ?
Hoy — como aurora — tu existencia amena
Sonríe y brilla,
Y tallado en un pétalo, tu cuerpo
Es urna de sonrisas ;
Mañana — como un sol que entre las venas
Se funde y se desliza —
Vendrá el amor, el déspota altanero,
Señor de nuestras vidas.
¡ Te miro, y pienso en las palomas blancas,
De la selva alegría,
Y en tu alma, un nido de paloma ; y pienso
En los que cazan, niña !

La red vendrá. Cual moro a quien los ojos
Del fiero león fascinan,
Fascinada también, caerás amando,
Trémula, de rodillas.
¡ Oh ! ¡ Sé muy tierna ! Es la palabra pura
Que salva y que ilumina.
Ceder es dominar : sé siempre tierna :
¡ Jamás serás vencida !
Cuando en el seno de tu esposo rujan
Las fieras de la vida :
Las pasiones — panteras, los deseos —
Chacales —, ¡ la caricia
Apresta, niña blanca ! ¡ Doma potros
Y fieras la caricia !

Pues amar ¿ no es salvar ? No es esa fiesta
Vulgar de gentes nimias,
Que de un vals en los giros nace acaso,
Y como un vals, expira.
Ni un vago templo — de perfume extraño
Morada vívida —
Donde el azul del cielo y las ligeras
Nubes habitan,
Y en luz de estrellas y en vapor de rosas
Duerme la vida.
¿ Amar ? ¡ Eso es un voto ! Es un espíritu
Que a otro se libra,

Como una monja que en las aras jura
Bodas divinas.
Como Jesús, la generosa novia,
Serena, a la cruz mira,
Y al novio ofrece, si en la cruz lo clavan
Las fieras de la vida,
Colgarse a él, y calentar su cuerpo,
Y si en la cruz expira,
Morir con él, los nobles labios puestos
Sobre su frente fría.
¡ Eso es amor ! Andar con pies desnudos,
Por piedras, por espinas,
Y aunque la sangre de las plantas brote,
¡ Sonreír, Virginia !

New-York, 1880.

A VIRGINIA

Como los nardos pálida, tu rostro
Transparente y gentil tu alma refleja :
¡ Que al salir de la vida, tu alma pura
Como la esencia de los nardos sea !

New-York, 1880.

MIS CHRISTMAS

A LA SRTA. COCOLA FERNANDEZ

¿ A quién, pluma cansada,
Escribirás ? ¿ Quién cuida
De mi muerte o mi vida,
Ni qué vale en la tierra estremecida
De hambre y espanto una existencia honrada ?
Lo que vale — doncella
En cuya alma gentil hay luz de estrella —
Es tuyo, y va a tus pies : no hay en las arcas
De los del áureo Oriente
Magníficos monarcas
Corona digna de tu casta frente :
Ni en las tiendas famosas
Que venden maravillas,
Los hay como tus pies, ni he de enviar rosas
A quien las lleva en alma y en mejilla.
Cocola : la tormenta
En mi hervoroso espíritu se sienta ;
Y mi espíritu, lleno
De fe inmortal, sopórtala sereno.
Cuando mi fe, perdida

En las sendas oscuras de la vida,
Ingrata, me abandone,
Siempre en tu hogar habrá quien me perdone.
¡ Mas no habré de perderla,
Gallarda niña, enamorada perla :
Cuando me halle el honor flojo y cansado,
Veré a tu hogar, donde obligado dejo
El alma amante, y en tan claro espejo
Fuerza hallaré para vivir honrado !

¡ Oh niña, en cuerpo y alma
Al bien ardiente, y a los ojos bella :
Nunca, hasta ver tu hogar, supe la calma
Que se goza en el seno de una estrella !

1880.

A COCOLA, EN SUS NATALES

No sé qué tiene el amor,
Cocola, de pudoroso,
Que dice el labio amoroso
Mal lo que siente mejor.

Mas no sé lo que tus ojos
Tienen, que mi labio animan,
Y aunque temores me opriman
Y me fatiguen enojos,

Al labio del alma brota
Un cantar sencillo y blando,
Que como va murmurando
Tu nombre ; parece nota

De misterioso laúd,
Pulsado en noche serena
Por la hermosa mano buena
Del ángel de la virtud.

Yo no sé qué puro aroma
Tiene tu hogar, que parece
Que aquí la vida amanece
Entre plumas de paloma.

Pero sé que cuando llego
Cansado y entristecido
Pidiendo a mi pecho herido
Para luchar nuevo fuego ;

O cuando, mudo de espanto,
Presencio un drama sombrío
De esos del alma, que es río
De ondas negras, y de llanto ;

Cuando de infamias ajenas
Traigo la frente cargada
Y el alma triste agitada
Del ansia de curar penas,

Como si un ave rozara
Con blanca sedosa pluma
— ¡ Espuma que besa a espuma ! —
De un lago azul l'agua clara,

Siento brisa generosa
Que mi amargura suaviza,
Y una palabra que hechiza
Y una mirada sedosa,

Y fuerte para luchar
Y seguro de vencer,
Siempre que te vengo a ver
Salgo fiero de tu hogar.

Guárdete Dios — niña mía —
De tocar tu frente honrada
Con tanta frente manchada
En esta vida sombría.

Y de buenos adorada
Y entre virtudes mecida,
Sé siempre, niña querida,
Por virtudes coronada.

1º de abril de 1880.

A LEONOR GARCIA VELEZ

CON MOTIVO DE LA EXPEDICION DE SU PADRE,
EL GENERAL CALIXTO GARCIA

EN LOS DIAS DEL VIAJE

Leonor : ¿ lo ves ? Los pies ensangrentados,
Rota la frente, el alma en cruz pasea.
Rugen sus pensamientos agitados
Como la mar que contra el barco olea,
Y con alas de sangre, el aire, corta,
Pura, sombría, absorta,
Rumbo al cielo ¡ oh dolor ! la gran idea...

Leonor : ¿ lo ves ? Pero si en hora oscura
Sobre los muertos generosos gime,
Y entre enemigos hierros sufre al cabo
Ese dolor sublime
De llevar sobre el hombro a un pueblo esclavo ;
Si desde el alta solitaria prora,
En el aire, cargado de tormenta,
Vierte las suyas, nuestra infamia cuenta,
Los patrios males y los propios llora :

¿Qué te importa, Leonor? Cuando a ti vuelva,
 Lo enlazarán tus brazos, ¡ como enlaza
 En medio de la selva,
 Al viejo tronco erguido,
 Por el rayo violento sacudido,
 La fragante, la dulce madre selva !

New-York, 17 de agosto de 1889.

A MARIA LUISA PONCE DE LEON

Si fuera de la patria, en que se crea
 La única luz, todo es arena al viento,
 ¿ Donde, ¡ oh dolor !, pondré mi pensamiento
 Que obscuridad y que aflicción no sea ?

Como una tierna rosa es la poesía,
 Que en el silencio pudoroso crece
 Y ama el misterio en que la luz florece,
 Y cada flor dice a su flor : « María ».

Casto y profundo cual la noche, el verso
 Prefiere descoger las alas bellas
 Cuando la vida es paz, y las estrellas
 Alumbran el amor del Universo.

Pero cuando se siente en la mejilla
 Todo el rubor de un pueblo avergonzado,
 Un solo verso queda : un brazo alzado
 Que al honor a los hombres acaudilla.

¡ Jamás ! No hay hielo que esta audaz poesía
 Pueda apagar, ni viento que la lleve ;
 ¡ Jamás ! Porque el dolor, como la nieve,
 Mantiene en fuego el corazón que enfría.

¡Oh niña, oh dulce niña ! Tú no sabes
De esta alma rota, y desolado invierno
Del corazón : ¿ qué saben del infierno
Allá en sus nidos cándidos las aves ?

Te nombro, y vuelan, sin mirar que el ala
Tienen del mal de nuestro pueblo herida,
Los mejores recuerdos de mi vida,
Cual corderos que van a su zagala.

Como el café que crece en nuestras lomas,
Da para ti su flor el pensamiento
Blanca y serena : en ti la patria siento ;
Vuelven por ti a ser blancas las palomas.

En tus ojos tristísimos se queja
Con virginal dolor mi tierra amada,
Cual suspira una pobre encarcelada
Por aire y luz tras su implacable reja.

Yo he visto en ojos de hombre arder el fuego
De la sagrada cólera de Cristo ;
Vi el amor, y la luz ; mas nunca he visto
Una mirada tan igual a un ruego.

¡ Una luz parecida a la esperanza
En tus piadosos ojos resplandece,
Y lo que más tus ojos embellece
Es que no asoma en ellos la venganza !

Me ha dicho un colibrí, linda María,
Que están todos colgados de azahares
Los tristes ¡ ay ! los mágicos palmares,
En que mi patria es bella todavía.

Me ha dicho que, de lágrimas cargado
De los que te queremos, el aleve
Mar va a llevarte lejos de la nieve,
En silencio, en silencio enamorado.

Yo no sé si el misterio de las almas
Sube, cual himno muerto, al aire vago,
Ni si en tanta viudez y en tanto estrago
Tienen aún penachos nuestras palmas.

Yo no sé si aun las aves hacen nido
En los árboles nuestros, ni si el cielo
Es como antes azul, y cubre el suelo
La yerba, mensajera del olvido.

Pero ¡ oh niña sin ira y sin enojos !
Tú, que vas a saber cómo es la aurora,
¡ Lleva a mi tierra, donde se odia y llora,
La sublime piedad que hay en tus ojos !

A ANGELINA DE MIRANDA

De cierta noche amistosa
Recuerdo, en cierto festín,
Como un alma de jazmín
Y la sombra de una rosa.

Dos ojos vi sin enojos,
Dos ojos de luz de estrella.
¡ Recuerdo una mano bella,
Y dos magníficos ojos !

New-York, 22 de enero de 1891.

A ANA MARIA BARRANCO

Hija de un pueblo lloroso,
Hija de un pueblo dormido,
Yo no te escribo : te pido
Que vuelvas el rostro hermoso

Adonde el ángel del llanto
Guarda las urnas del sueño.
No hay más que un estorbo, el dueño ;
No hay más que un camino, el santo.

New-York, enero de 1891.

A CANDITA CARBONELL

Dice el coral envidioso,
un coral rosado y fino :
— « Yo sé de un coral divino,
sé de un coral más hermoso. »

La virgen del gran pintor
dice con triste querella :
— « Sé de una virgen más bella,
la virgencita de Ibor. »

Hay dolor ; si pone en ti
dolor alguno su mano,
dile : « Yo tengo un hermano
que está velando por mí. »

28 de noviembre de 1891.

A MARIA LUISA SANCHEZ

No hay en la bárbara guerra
del mundo más que un consuelo :
las estrellas en el cielo
y las niñas en la tierra.

No hay rival de la mañana
con su luz pálida y pura ;
mas si hay rival, tu ternura,
pálida niña cubana.

Yo diré, mi niña esbelta,
allá en mi hogar de martirio,
que he visto en Ibor un lirio
con la cabellera suelta.

Tampa, 1891.

A MARIA ENTENZA

Allá en el rudo basalto
del murallón del camino,
absorto vió un peregrino
muy alto un lirio, muy alto.

Colgaba del negro muro
que por alto y negro asombra,
como la flor de la sombra,
el lirio pálido y puro.

Así, en el largo martirio
de este destierro penoso,
tu corazón cariñoso
resplandece como un lirio.

Jacksonville, julio de 1892.

PARA TOMASA FIGUEREDO

No sé qué tienen las flores,
lindísima bayamesa,
que unas se secan muy pronto ;
que hay otras que no se secan.

De blancas flores un ramo
ayer me diste en tu casa,
y hoy las fui a ver, niña mía,
y las encontré más blancas.

Así como el alma en pena,
como un clavel amarillo,
besa tu mano, y el alma
se pone color de lirio.

Cayo Hueso, 7 de diciembre de 1892.

A LA SEÑORA ANGELINA M. DE
QUESADA

" ENVOI "

La nieve, glacial, aprieta
El corazón en pedazos,
Como madre que sujeta
Al niño muerto en los brazos.

La nieve, amable, conmueve,
Como aurora y clavellina,
Cuando en la tierra de nieve
Vive la noble Angelina.

Christmas, 25 de diciembre 1892.

A HORTENSIA LECHUGA

Yo he visto, en la noche clara
de nuestras Antillas bellas,
sobre la sangre del ara
escondidas las estrellas.

Yo he visto, por una obscura
vereda del campo umbrío,
una clavellina pura
enamorada de un río.

Yo he visto en la misteriosa
nave del templo ferviente,
esplendor, como una rosa
de luz, un cirio doliente.

Yo he visto en mi Cayo amado,
en el hogar y en la escuela,
lucir, como en castigado
torvo mar, la limpia estela.

New-York, 1893.

A MELITINA AZPEITIA

No sé, Melitina hermana,
que en este mundo haya cosa
como la mañana hermosa
en una selva cubana.

Primero es perla dormida
que va despertando al coro,
y luego la perla es oro,
y luego fragua encendida.

Prenden el cielo cambiante
vivas llamaradas rojas ;
el Sol, por entre las hojas,
reluce como un diamante.

Mas calla de pronto, calla
la Naturaleza toda ;
cesa con susto de boda
la magnífica batalla.

Y por el claro horizonte,
y por la pálida tierra,
vibra, cual canto de guerra,
la voz del clarín del monte...

Selva es mi Cuba, arropada
entre tristísimos velos ;
selva que ya ve en los cielos
la luz de la madrugada.

Y tú, Melitina mía,
con tu voz dulce y sonora,
eres el clarín de aurora
de nuestra selva sombría.

1884.

A NICOLAS DOMINGUEZ COWAN

Bravo y viril, audaz, los dominantes
Ojos, como decretos, encendidos
En el enjuto rostro, así eras antes,
Amigo tierno, en años ¡ay! vencidos.
Cano el bigote ya, por la imperiosa
Piedad de un fiel hogar, manso y sujeto,
Así eres hoy, en tu jardín de rosa
Orlado y nardo y myosotis discreto.
Pero—hoy o ayer—ante la infamia airado
No hay como tú quien se revuelva y vibre,
Y, tras tanto vivir, no te has cansado
Del constante deber de un pecho libre.

México, 31 de julio de 1894.

PARA CECILIA GUTIERREZ NAJERA
Y MAILLEFERT

En la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve,
Que el padre le tejó de milagrosa
Música azul y clavellín de nieve.

Del Sol voraz y de la cumbre andina,
Con mirra nueva, el séquito de bardos
Vino a regar sobre la cuna fina
Olor de myosotis, y luz de nardos.

A las pálidas alas del arpegio,
Preso del cinto a la trenzada cuna,
Colgó liana sutil el bardo regio
De ópalo tenue y claridad de luna.

A las trémulas manos de la ansiosa
Madre feliz, para el collar primero,
Virtió el bardo creador la pudorosa
Perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
Surgió la niña mística, cual sube,
Blanca y azul, por el solemne espacio,
Lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda virgen de la mar viajera
Presa al pasar en concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave,
Alísea planta en la existencia apoya,
Y el canto tiene y la inquietud del ave,
Y su mano es el hueco de una joya.

Niña : si el mundo infiel al bardo airoso
Las magias roba con que orló tu cuna,
Tú le ornarás de nuevo el milagroso
Verso de ópalo tenue y luz de luna.

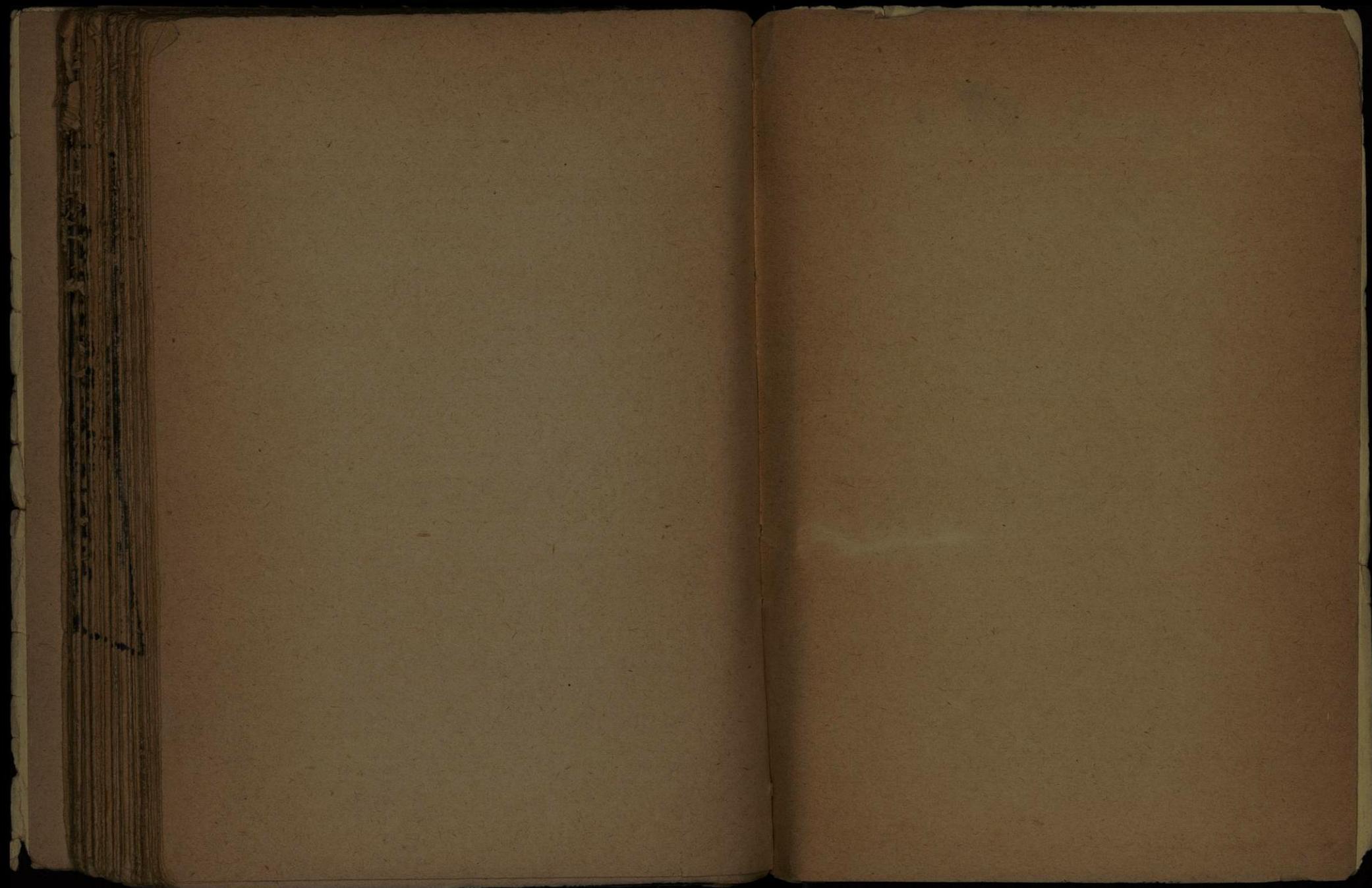
México, agosto de 1894.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Advertencia preliminar</i>	7
VERSOS SENCILLOS (1891)	9
VERSOS LIBRES (1882)	61
<i>Mis versos</i>	63
« <i>Pollice verso</i> »	65
<i>A mi alma</i>	69
<i>Al buen Pedro</i>	70
<i>Hierro</i>	71
<i>Canto de otoño</i>	75
<i>El Padre suizo</i>	79
<i>Flores del Cielo</i>	81
<i>Copa ciclópea</i>	83
<i>Pomona</i>	84
<i>Media noche</i>	85
<i>Homagno</i>	87
<i>Yugo y estrella</i>	89
<i>Isla famosa</i>	91
<i>Águila blanca</i>	92
<i>Amor de ciudad grande</i>	93
<i>Estrofa nueva</i>	96
<i>Mujeres</i>	100
<i>Astro puro</i>	103
<i>Crin hirsuta</i>	105
<i>A los espacios</i>	106
<i>Pórtico</i>	107

	Pág.
<i>Mantilla andaluza</i>	108
<i>Poeta</i>	109
<i>Copa con alas</i>	111
<i>Árbol de mi alma</i>	112
<i>Noche de mayo</i>	113
<i>Luz de luna</i>	114
<i>Flor de hielo</i>	117
ISMAELILLO	120
OTROS VERSOS	159
<i>A mi madre</i>	161
<i>A Micaela</i>	162
<i>Carta de madrugada</i>	165
<i>Linda hermanita mía</i>	166
<i>¡10 de octubre!</i>	168
<i>A Fermín Valdés Domínguez</i>	169
<i>A Paulina</i>	170
<i>A Fermín Valdés Domínguez</i>	171
<i>Primera Brigada - 113</i>	172
<i>A Fermín Valdés Domínguez</i>	173
<i>¡Madre mía!</i>	175
<i>A mis hermanos muertos</i>	178
<i>Magdalena</i>	187
<i>Sin amores</i>	195
<i>A Enrique Guasp de Peris</i>	198
<i>Muerto</i>	200
<i>Alfredo</i>	204
<i>María</i>	212
<i>A Rosario Acuña</i>	214
<i>Patria y mujer</i>	220
<i>Dolora griega</i>	225
<i>Cesto de mimbres</i>	228
<i>Carmen</i>	230

	Pág.
DE « LA EDAD DE ORO ». — <i>Los zapatitos de rosa</i>	232
<i>Cada uno a su oficio</i>	239
<i>Dos milagros</i>	240
<i>La perla de la mora</i>	241
<i>Los dos príncipes</i>	242
VERSOS ESCRITOS EN ALBUMES. — <i>Desde la cruz</i>	244
<i>A Virginia</i>	247
<i>Mis Christmas</i>	248
<i>A Cocola, en sus natales</i>	250
<i>A Leonor García Velez</i>	253
<i>A María Luisa Ponce de León</i>	255
<i>A Angelina de Miranda</i>	258
<i>A Ana María Barranco</i>	259
<i>A Candita Carbonell</i>	260
<i>A María Luisa Sanchez</i>	261
<i>A María Entenza</i>	262
<i>Para Tomasa Figueredo</i>	263
<i>A la Señora Angelina M. de Quesada</i>	264
<i>A Hortensia Lechuga</i>	265
<i>A Melitina Azpeitia</i>	266
<i>A Nicolas Dominguez Cowán</i>	268
<i>Para Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillefert</i>	269



PQ7389

8322

.M2

CAP

1925

AUTOR

MARTÍ, José.

TITULO

Obras completas de José Martí.

